

# EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

## EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, AGOSTO 5 DE 1883

### EN BUSCA DE LA MUERTE

NOVELA DE J. U. TARCHETTI

Traducida del italiano por Ernesto L. Negri

(Continuacion)

Art. 25. *Tambien el pago de una sola cuota dá derecho á la renta entera convenida, toda vez que la muerte del individuo que ha hecho el seguro haya acaecido naturalmente, y no por voluntad de la misma persona.*

A Rosen le pareció soñar, no podia creer lo que leia—Volvió á leer: *Se puede asegurar la vida de cualquier persona y constituirle una renta vitalicia etc...; y despues: tambien el pago de una sola cuota dá derecho á la renta entera, pero bien entendido, toda vez que la muerte del individuo, etc., haya acaecido naturalmente.*

Rosen comprendió, previó, adivinó todo, resolvió; un nuevo horizonte se abrió ante sus ojos. No habia duda, él podia remediar todavia su falta, salvar á su mujer de una ruina inminente, desahucarse con ella de todas las penas y de todas las privaciones á las cuales la habia condenado su conducta. Terminó de vestirse con una especie de frenesí, buscó en todos los cajones y juntó unas mil libras esterlinas; llevó consigo ese aviso, salió y corrió directamente á la Oficina de la Sociedad de Seguros.

—Vengo, dijo él presentándose al director de la Sociedad, á asegurar la vida de la baronesa Emilia Rosen Strafford, mi esposa, nacida en Dublin, sin hijos y de veinte y dos años de edad.

—Está bien, contestó el director, mas es menester antes de cerrar el trato que el Sr. baron se someta á una visita médica. Y enseñándole una puerta hácia la derecha sobre la cual estaba escrito: *Certificados Sanitarios*, le dijo que entrara.

Rosen salió por la misma, pocos momentos despues, llevando en la mano un docu-

mento, q' presentó al director, q' leyó en voz alta: «Declaramos que el baron Alfredo de Rosen, nacido en Lóndres, de veinte y nueve años de edad, presenta todos los requisitos de una constitucion sanísima; tiene un temperamento sanguíneo, un desarrollo muscular notable, miembros exactos y bien conformados, ha sido vacunado y promete llegar á una edad muy avanzada. Interrogado por nosotros, ha declarado que lleva un método de vida muy regular, lo que se advierte por su estado de salud actual, y viene á confirmar, por cuanto lo permiten los conocimientos limitados de la ciencia, la anterior declaracion.»

El director quedó satisfecho de esta lectura, y dijo volviéndose al baron:

—La renta mayor vitalicia que nuestra Sociedad permite asegurar es de treinta mil libras esterlinas anuales, por la que, teniendo consideracion á su edad y constitucion y la de la señora su esposa, es necesario que Vd. se comprometa al pago de cuotas anuales anticipadas de quinientas setenta y dos esterlinas y dos chelines y medio, como puede Vd. ver en lo dispuesto en los artículos 32, 42 y 44 de nuestro Reglamento.

Rosen nunca se habria atrevido á esperar condiciones tan benignas y tan favorables; convino en todo, estipuló definitivamente el contrato, pagó la primera cuota, obtuvo su recibo correspondiente, y se despidió del director que le decia:

—Creemos supérfluo recomendar al señor baron de Rosen la escrupulosa observancia del artículo 54, que prescribe el mayor cuidado posible de la salud de las personas aseguradas, y prohíbe esponer una vida tan preciosa á la Sociedad, sino por algun deber de humanidad universalmente reconocido, ó por alguna ley de honor.

Cuando llegó á su casa, Rosen se presentó á su esposa con una sonrisa inusitada y abrazándola con ternura le dijo:

—Mi querida Emilia, han sucedido en nuestra economia doméstica las complicaciones mas raras y mas imprevistas. He perdido anoche al juego de la mosca y de los cuadros tu parque y tu castillo de Lit-

tleford y además una gran parte de mis propiedades de Kingston, pero he hallado sin embargo la manera de asegurarte una renta anual vitalicia de treinta mil libras esterlinas pagaderas desde este mismo año; y yo me he comprometido á emprender un viaje á Italia, del cual obtendré definitivamente mi prosperidad y mi tranquilidad. Te ruego observes el silencio mas absoluto sobre esta confidencia y sobre este proyecto, y concédeme que yo omita mas detalles. Recibirás dentro de pocos dias el contrato formal que te asegura la renta de que acabo de hablar y mi primera carta fechada en Dover, donde me embarcaré para Calais. Abrazame, mi querida esposa; yo he sido muy malo para contigo, pero espero rehabilitarme; abrazame con ternura; saldré esta misma noche, y aunque el viaje que voy á emprender no ofrece ningun peligro, la Italia es una tierra de bandidos, llena de mujeres infieles y de hombres de mala fé, y no se sabe lo que nos puede suceder visitándola.

Diciendo esto Rosen, conmovido apesar suyo, se separó de los brazos de su esposa, y encerrándose en su pieza, escribió á su amigo Eduardo Barth la carta siguiente:

«Mi querido amigo:

«Te envio con esta carta mi postrer adiós. Me he arruinado al juego, y no me quedaria mas que el suicidio, si el artículo 54 del Reglamento sobre seguros de la vida no me obligase á morir de muerte natural. Te recomiendo mi esposa, mi cariñosa Emilia Strafford, de la que he gastado el patrimonio, y á la que estoy por asegurar con el sacrificio de mi existencia una renta vitalicia de treinta mil libras esterlinas. El Reglamento que te acompaño te explicará todo: yo voy á hacerme matar, no sé todavia por quien, ni de qué manera; pero supongo que no será difícil poder morir de manera que se eludan las importunas disposiciones de aquel artículo.

«Creo que mi esposa tenga alguna simpatía hácia tí; cuando yo haya muerto podrás casarte con ella, haciéndole conocer que me he suicidado para poner un remedio al estado en que la habian colocado mis

¡Confundir la crema con lo que quizás es el cieno! Llamar la espuma á lo que tal vez es la escoria! equivocarse la sombra con la luz!...

Y por otra parte, ¿es esa la misión de la prensa? No, mil veces no!

Mirad aquel anciano de rostro atezado, de manos encallecidas, con su noble pecho descubierto, donde solo se anida la honradez mas acrisolada, expuesto á los rayos inclementes del sol en verano y á los rigores del frio en invierno; miradlo inclinado sobre la tierra que cultiva con sus manos y riega con el sudor de su frente:... esa es la espuma!

Mirad aquella mujer que va recostada indolentemente sobre los mullidos almohadones de su carruaje; que arroja una mirada despreciativa sobre esa *chusma* de mujeres virtuosas y ejemplares que pasan su vida entregadas al trabajo y á los santos cuidados de la familia. Es madre, pero se enorgullece y hace un criminal alarde de no haber lactado á su hijos, por que eso es *bajo y poco decente!* Es madre! pero jamás ha sentido, ni ha buscado las caricias de sus hijos! consume su vida entregada á la molición de los salones.... esa es la escoria!

Mirad aquella humilde obrera vestida modestamente con un sencillo traje de percal, que corre presurosa en direccion al taller. La hora del trabajo ha sonado, y acude allí diariamente á ganar un mezquino sueldo, con el que proporciona el sustento y el bienestar á su familia!... esa es la espuma!

Mirad aquel petimetre de figura *intachable*, pero de rostro estúpido y mirada apagada; en su semblante notareis las huellas de sus noches de crápula y de orgía! Hé ahí un individuo verdaderamente inútil para la sociedad, hé ahí una juventud vigorosa debilitada por el desorden, una inteligencia esterilizada miserablemente. Y sin embargo, eso no impide que mire con cierto aire de proteccion y altanería al honrado artesano que pasa por su lado, y que burle é insulte á la obrera!... hé ahí la escoria!

Mirad aquel hombre pobremente vestido; toda su persona respira un aire de humildad simpático, pero en su frente brilla el génio. Pasa los dias y las noches estudiando, escudriñando, descubriendo, esclareciendo, derramando beneficios, esparciendo luz! Este es un *sábío*, es decir, uno de los bienhechores de la humanidad!... he ahí la espuma!

Sí, *desengañémosnos*, no confundamos

fatalmente la espuma con la escoria, la sombra con la luz! Es tiempo ya de que la prensa de nuestro pais, abra una propaganda moralizadora en pró de las buenas ideas, combatiendo sin trégua ese error funesto que tan deplorables consecuencias puede acarrear á nuestra sociedad, y que se ha erijido en sistema entre la mayoría del periodismo argentino.

Sistema absurdo, monstruoso, que ataca el bien y protege el mal! por que eso y no otra cosa, es hacer la *apoteosis* del jujo, en encomiásticos y repulsivos escritos que no tienen otro objeto que oscurecer las buenas ideas.

La iniciativa de unos cuantos periódicos que alentados por nobles propósitos, han empezado á hacer una cruda guerra á tan temible sistema, no ha sido secundada, triste es confesarlo; el periodismo argentino, en su mayor parte ha permanecido en su falsa posición.

Reaccionemos, tiempo es ya, combatamos enérgicamente ese germen vicioso que empieza á desarrollarse en el organismo de nuestra sociedad, porque si le dejamos tomar cuerpo, se convertirá, rápidamente en una enfermedad crónica, incurable.

En nuestro pais, como en todos aquellos gobernados por una constitucion republicana y democrática, donde no imperan los derechos absurdos é irritantes de los *blasones*, y la malicia y corrupcion de las cortes, no hay mas aristocracia que la del talento, la del trabajo y la de la honradez. La demas es compuesta de ídolos amasados con fango, brillantes, deslumbradores por fuera, tenebrosos por dentro!

J. LANHOZO O'DONNELL.

#### ADOLESCENTE

Su blanca imágen las horas  
De mi pasado ilumina,  
Vagando lejos, vagando  
Por las barrancas floridas.

Allí el rumor de sus pasos  
En las quebradas palpita,  
Y de su falda el susurro  
Vuela temblando en las brisas.

Allí como antes renacen  
Y la hondonada tapizan,  
Aquellas flores, aquellas  
De sus amores de niña!

Y sueño verla inclinada  
En la gredosa colina,

Donde á la tarde, en octubre,  
Iba á juntar margaritas...

Léjos se oculta á mis ojos,  
Léjos se oculta mi vida,—  
Copo de espuma llevado  
Por las corrientes dormidas!

Nadie la busque en la tierra,  
Por que en la tierra no habita:  
Solo en la nube que pasa,  
Solo en la tarde que espira.

Guardan los bosques cercanos  
Recuerdos de ella en ruínas:  
Los viejos nidos, los dueños  
De sus primeras caricias!

Ay! pero faltan las aves  
Que, pequeñuelas, solian  
Entre sus manos de nieve  
Batir sus pardas alitas.

Acaso en árbol lejano  
Las baña el sol de la dicha,  
Y no se acuerdan de aquella  
Que las bañaba en sonrisas!

Mas aunque ingratas la olviden  
Está su nombre en mi lira,  
Y en su inocente recuerdo  
Mi pensamiento se abisma.

RAFAEL OBLIGADO.

#### LA SEÑA DEL TRES (AMORES DE UN VIUDO JÓVEN)

La mayor barbaridad que un marido puede hacer... es dejar viuda á su mujer.

La alta filosofía que encierra este refran, epigrama ó lo que sea, no se escapará seguramente á la ducha penetracion de mis lectores.

Bien persuadido yo de ella, no obstante ser un ángel mi difunta, opté porque me precediera en el eterno viaje.

¡Mi Pascasia!... Todavía se me humedecían las pupilas recordando su suave, sonoro y hasta músico nombre.

¡Qué buena era!... Alguna vez le *pruian* las uñas y me arañaba, pero, para tales cosas tenia yo aparejadas las bofetadas solemnes, y con una de cuello vuelto se quedaba tan tranquila...

Y no habia mas.

En los años que estuvimos sujetos por el tanto yugo, jamás se alteró la paz de la familia.

La mujer propia es como la salud: no se le echa de ménos hasta que se pierde.

Muerta Pascasia noté en el hogar un vacío inmenso; en mi corazón la falta de algo así como la vida, sér de mí sér, carne de mí carne.

Me parecía que yo no estaba completo.

Mis hijos atenuaban con sus constantes caricias la profunda pena que sentía.

Pero... En fin, que en la familia y en el alma no hay modio de suplir la falta de la que es el ángel tutelar de la casa.

Los hijos... bueno. Que no les falte nada—habiendo dinero—de lo material, de lo mecánico... perfectamente.

Pero.....

Vuelvo á mi tema: la madre no se reemplaza de ninguna manera.

Una nueva esposa reuniendo buenas prendas, puede lograr que no se sienta tan vivamente la perdurable ausencia de la anterior; y sea para todos un lenitivo á los males experimentados.

Francamente, no acierto á explicarme la existencia del solteron.

Su vida tiene que ser forzosamente triste: aun por egoísmo el hombre debe ser casado.

Aislado, solitario, amado por los parientes con cuenta y razon, deslízase la vida del célibe por senda de abrojos, no recogiendo sino amarguras y sinsabores; al revés del que se ha formado una familia, que disfruta de las inefables caricias que le proporcionan los seres que le deben el ser, á cuyos coros de ángeles dá mas solemnidad la dulce mirada, la bondadosa sonrisa de la madre!

¡Cuando recuerdo á mis nenes!... Cuando recuerdo á mi Pascasia!...

El hombre soltero solo lo comprendo viendo sus padres, por que entonces, y así peine más canas que un ermitaño, es el niño de la casa.

Y ser niño toda la vida, qué mayor dicha!

Pero me causa grima oír á algun zamacuco de esos que andan por ahí aducir en pró de su estado la siguiente estupenda razon: *El bucy suelta*.....

Bien reparados, los tales sujetos son bucyes en el fondo.

Por lo que acabo de decir, se ven claramente mis opiniones resueltamente favorables al matrimonio.

Amen de esto, el corazón que Dios me puso en el pecho es de oro.....

Amen de esto muy impresionable.

Amen de esto.....

Pero basta de amenes: con tan felices disposiciones nada tiene de particular lo que me sucedió.

Era el día San José

Y para hablar en verso...

La ví y la amé.

Y vamos á ver, ¿qué?

Debo consignar, como antecedente, que no fué ese el primer día que la ví; hacia algunos meses que tenía mi amor puesto en ella, amor puramente platónico, que es amor de tontos.

En mi pueblo, el día de San José se celebra la mejor romería del año.

El cielo estaba azul, el sol espléndido, la señora de mis pensamientos al lado de un puesto de dulces..... y yo hecho un caramelo.

¡Ay!... Dejád á mi pecho que desahogue con un suspiro.

Me acerqué á ella (no van á creer ustedes esto en un viudo) todo ruboroso y temblando.

Debia parecer un doctriño.

Su mirada se cruzó con la mia, se puso también colorada, sonrió como deben sonreír los querubines, y bajó la vista.

Por tres ó cuatro veces intenté hablar, pero mis esfuerzos eran inútiles.

Francamente, á los ojos de los que nos miraban debia hacer yo un bonito papel.

No acerté siquiera á comprarle unas rosquillas; por un supremo esfuerzo recobré el uso de la palabra.

La miré de nuevo, abrí la boca y dije:

—V. lo pase bien.

Oí que sus labios de ángel pronunciaban las siguientes palabras:

—Vaya V. con Dios.

Y casi satisfecho de mí mismo, eché á andar sin atreverme á volver la cara.

Eso bastó.

Ella conoció desde luego el profundo amor que había encendido en mi alma.

Yo, sin preciarle de perspicaz, adiviné que no le era indiferente.

Semejante descubrimiento me llenó de júbilo.

El porvenir era mío.

Pero ¡qué tímido pone á uno el amor!

Parece mentira, hombre; no me atrevia á nada.

Como tal situación no podia durar, y el

puesto vacante por defunción de Pascasia reclamaba con urgencia sustituto, me ví en la necesidad de hacer de tripas corazón.

En su casa habia café: ella solia jugar á la brisca, yo jugaba también....La casualidad hizo que me tocase de compañera..... ¡Figúrense ustedes!

De pronto cierra un ojo, pero con una gracia tan seductora, tan llena de encanto, denotando tan expresivamente que me correspondia, que yo, no queriendo ser menos, y entendiendo, no lo que la seña propiamente significaba, sino lo que á mí me pareció, y es á saber, que me amaba como tres, abrí los ojos cuanto pude, demostración de que la amaba como ciento, y como los contrarios habian sorprendido ambas señas, entendiendo este lenguaje mudo en el sentido que tiene en la brisca, exclamaron:

—Ella, el tres; él el as—y arrojando las cartas con despecho, añadieron: damos el juego.

Si todavía el sacerdote no bendijo nuestra union, no está lejano el día en que podamos decir, ella y yo, confundidos en estrecho abrazo, recibida la sancion de la iglesia:

—Efectivamente, hemos ganado el juego,  
EDUARDO FERNANDEZ RESTA.

## LOS RESULTADOS DE LA IMPRENTA

Ne cabe dudá de que algo de un carácter semejante al de los periódicos de nuestros días, existia en aquellos tiempos en Roma. En las galerias que Ciceron construyó en su villa del Tusculum, imitacion de las escuelas de Atenas, habia para el entretenimiento de los que le visitaran, entre otras cosas, un periódico titulado *Acta Diurna*, en que se daba noticias de los acontecimientos notables del día, tales como matrimonios, llegadas de personas de nota etc. casi del mismo modo que lo hacen los periódicos del día. Parece que en Inglaterra habia una publicacion semejante al *Acta Diurna* de Roma. Ben Johnson, á cuya pluma no se le escapa nada característico de su tiempo, presenta al escritor de noticias en su máscara de *Noticias del Nuevo Mundo*, presentado en la corte en 1620; y uno de los caracteres se describe á sí mismo en unos fastos de noticias de todos los shires, [.....] de Inglaterra. Yo escribo mis mil

cartas por semana regularmente, y á veces hasta mil ochocientas, sosteniendo así el negocio y mi reputacion tanto con mis Ministros del Interior como con mis correspondientes de fuera de la ciudad.

El reinado de Elizabeth, se nombra siempre como la época en que principiaron los periódicos ingleses, y se citan tres ejemplares *Duglish Usercurie* (número 50, 51, 54) publicados con autorizacion para evitar que se den noticias falsas, que han sido guardados en el Museo Británico, entre los manuscritos de Sir Haus Sloane, para probarse estos hechos. Uno de estos, fechado el 23 de Julio de 1588, contiene una relacion de Sir Francis Walsingham, sobre que la armada española se habia visto en el canal, navegando con viento fresco, hácia la entrada.

Otro contiene la relacion de una audiencia que se le habia concedido al Mayor de la ciudad de Lóndres, etc. para presentar á la Reina una declaracion, resolviendo sostenerla con sus vidas y haciendas, hasta el último extremo. Otro, el de 20 de Julio, anuncia que el Embajador escocés habia sido recibido por la Reina, y que aquel traia una carta de James, asegurando á la Reina su adhesion á ella, y que la sostendria lo mismo que á la religion protestante.

En otros números se dice que aparecieron artículos de Barleigh que tenian por objeto inflamar los sentimientos nacionales; y tambien una carta que dicen que fué escrita en Madrid, en que se mencionan los instrumentos de tortura ó de suplicio, que se aseguraba habian sido embarcados á bordo de la flota española, y de la detencion del gobierno español de hacer morir á Isabel (Elizabeth).

Ademas de las noticias, algunos anuncios de libros se imprimian en las columnas de los periódicos.

En 1598 *El Mercurio Berjicus* apareció en Cologne redactado en latin, pero esto era mas bien un registro anual que un periódico de noticias.

No fué sin embargo, hasta 1622, que el *Certain News of the Present Week* apareció y este es el que se cree haber sido el primer periódico de noticias publicado en Inglaterra.

Este está recargado de anuncios del impresor, en que suplica al público que los que se quieran suscribir á la edicion semanal de las noticias se sirvan avisársele, pues con la ayuda de Dios piensa seguirla publicando. La causa de su aparicion puede haber sido que en este período la

guerra de los 30 años y los hechos de Gustavo Adolphus habian llamado grandemente la atencion de todos hácia todas las causas.

Cuando esta escitacion terminó el periodismo habia perdido toda su influencia, pero cuando el *Civil dudgeon first grew high*, y las disenciones entre Carlos y su Parlamento empezaron en 1640, el gran deseo que habia de noticias produjo un sinnúmero de periódicos, folletos y noticias sueltas. Estas últimas, por lo general casi no se ocupan sino en detalles de transacciones, sin mezclarse en la política.

Impacientes, como lo estaban de noticias los periódicos, al principio solo se repartian semanalmente, pero despues la entrega se hizo dos veces por semana; las segundas ediciones aun no se conocian.

Tales eran los periódicos de aquellos tiempos—se llamaban el *French Intelligence*, el *Dutch Spye*, el *Irish Mercury*, el *Parliament Rite*, el *Secret Owl*, el *Prefect Diurnal*, el *Mercurius Britannicus*, el *Welsh Mercury*, y el *Mercurius Acherontis* que daba noticias de las regiones infernales, mientras que el *Mercurius Martix* fielmente azotaba á todos *Soents*, *Mercurius Posts*, *Spies* y á todo otro noticiero.

Poco importaria á los lectores de nuestros dias el ver los títulos de la décima parte de los periódicos de aquel tiempo, los cuales eran, en su mayor parte, bastante ridículos.

No fué sino en 1759 cuando los periódicos empezaron á ocupar una posicion elevada y á ocuparse de la política, pero aun entonces los Editores se escudaban contra la responsabilidad que asumian, haciendo aparecer todos sus artículos como comunicaciones particulares.

Estos artículos sin embargo de eso, eran á veces bastante enérgicos. No obstante, los folletos, letreros, avisos sueltos y espías de cafés fueron los principales medios que se usaron para sostener á los Ministros contra Pitt, quien en 1761 habia sido depuesto. Esto prueba, probablemente, el deseo general para satisfacer á la metrópoli; pero las cartas de Junius hasta hoy en *nomimis umbra* que aparecieron en 1769 en el *Public Advertiser*, llamaron la atencion pública en un grado mayor de lo que era comun. Este interés aumentó aun mas cuando en 1770 la Cámara de los Comunes (House of Commons) no logró impedir que sus debates se publicaran los que, hasta entonces, solo se habia dado al público bajo los nombres de lugares supuestos.

Esto, dió á la prensa una importancia que hasta entonces no tenia. Los reverses de la Inglaterra en la contienda americana y los denunciados vaticinios de *Chatham* tendieron aun mas á mejorar el estado de la prensa periódica, y á demostrar sus crecientes poderes y su influencia.

Pero no fué, sin embargo, hasta la época de la revolucion francesa, que comenzó en 1789 pocos años despues de la guerra americana, cuando el periodismo asumió sus justos derechos, y fué tenido como el debido abogado de los principios abstractos del derecho, que entonces fué propagado mundo por los gefes de aquella revolucion.

En aquella época los debates del Parlamento eran objeto del mas vivo interés pues en aquellos tiempos los oradores eran *Pitt*, *Fox*, *Burke*, *Sheridan* y otros titanes semejantes, discutian principios de la gran importancia y trascendencia. Toda la poblacion de la Gran Bretaña, hasta á los lugares mas apartados de la nacion, sentia un grande interés en la contienda, partidarios de los franceses, de la libertad, igualdad y fraternidad,—amigos del pueblo y sociedades revolucionarias, se hallaban á cada paso en todas las aldeas y lugares, y todo el mundo estaba ansioso de abrazar los principios de fraternidad francesa.

## Á UNOS CABELLOS NEGROS

### I.

La noche, diosa de beldad sombría,  
Suelta al éter la túnica ligera,  
Cruzaba huyendo por la vasta esfera  
Ante la aurora del eterno dia;

El sol, que enamorado la seguía,  
Ceñirla no pudiendo en su carrera,  
En su oscura flotante cabellera  
Sus luminosos besos imprimía:

Rastro de luz que vívida fulgura  
Quedó impreso en sus nítidos cabellos  
(Que en parte ha dado el cielo á tu hermosa

¡Por eso miro, palpitante, en ellos,  
Cual *via láctea* en la tiniebla oscura,  
Mezcla de sombra y fúlgidos destellos!

### II.

¿Cuál será el alma impenetrable y fue  
Que no se sienta á su poder rendida.  
Si á su contacto, de vigor hechida,  
Pudiera alzarse aun la ceniza inerte?!

En sus oscuros rizos, de la Suerte  
la fuerza toda encuéntrase escondida:  
los delirios supremos de la vida,  
los profundos misterios de la muerte!

Hijos de la tiniebla y de la lumbre,  
símbolo de esperanzas ó de celos,  
¡hija encierran ó inmensa pesadumbre:

Y dan al alma, en hondo paroxismo,  
Los éxtasis radiantes de los cielos,  
Los vértigos fatales del abismo!

III.

Oh! si, como la noche constelada  
que cubre en torno la dormida esfera,  
Las ondas de esa oscura cabellera  
Envolviesen mi frente fatigada;

Si entre su sombra,—opaca, desmayada—  
Cual de Vénus la pálida lumbre,  
De tus sublimes ojos refulgiera,  
Llena de amor, la trémula mirada...

Embragado de olímpica ambrosía,  
Sobre tu seno, en éxtasis divino,  
Por una eternidad reposaría;

Y con sonrisa de desden profundo  
Viera de allí la saña del Destino  
Y las vastas catástrofes del mundo!!

NUMA POMPILO LLONA.

ARCO - IRIS

—¿Le gusta á usted la liebre?  
—Mucho, pero no la como nunca.  
—¿Cómo pues?  
—He tenido un primo que murió despues  
de haberla comido.  
—¿De una indigestion, sin duda?  
—No tal, ¡lo aplastó un cochel!

El frio aprieta.

El invierno es la primavera de las narices: de lejos tienen el aspecto de rojos clavetes.

El frio es mucho más sociable que el verano.

Los grandes recibos, los grandes tertulins y los grandes bailes verificanse en esta época.

La vida no es mas que un viaje hecho en ferro-carril.

Para los ricos no hay estación como el invierno.

Para los pobres la existencia es un tren de carga.

Y como quedan á la intemperie, por eso no encuentran estación tan deliciosa como el verano.

Pero dejémosnos de juegos de palabras.

La verdad es que pobres y ricos se quejan del frio, sin duda para no perder la costumbre.

En invierno, todo el mundo echa de menos la estación de las moscas.

Y en verano envidiamos las deliciosas brisas... de la Siberia.

El frio produce efectos raros.

Tenemos un amigo, literato, que solo produce en invierno,

El calor ahuyenta sus ideas como el calor ahuyenta á las moscas.

—No es extraño, observaba un tercero.

—¿Le parece á Vd?

—¡Vaya! ¿qué época mejor que el invierno para abrigar ideas?

Me han dicho que tu mujer toma el hábito.....

—Lo ha tomado ya.

—¿Cual?

—El del lujo

Antonio, ¿quieres explicarme la diferencia que hay entre un accidente y una desgracia? preguntaba Juanita á su marido.

—Muy fácilmente. Si tu padre se cayese al mar seria un accidente, pero, si lo sacasen, seria una desgracia.

Leemos en un periódico de provincia:

«Tenemos que consignar una nueva agresion contra la gendarmeria. El gendarme X..., acusado de cerea por tres malhechores, recibió tales garrotazos que dió en el suelo con la cabeza rota. Se teme que sea indispensable amputarlo.»

La amputacion de la cabeza... ¡ósenras!

Segun vemos en los periódicos ha empezado á funcionar en Nogoyá una compañía... de asesinos.

El 20 del pasado Julio tuvo lugar la primera funcion.

Se representó una tragedia cuyos únicos personajes fueron un hombre y una mujer, casados.

No sabemos si impulsado por los celos ó por el demonio de la perversidad, el primer galan ahorcó á la primera dama.

El autor de esta atrocidad dramática sus-trájose á las manifestaciones pöliciales, poniendo piés en polvorosa.

A la noche siguiente se representó otra obra del mismo género: una pobre anciana

fué asesinada, sin que se sepa el nombre del autor de esa nueva sangrienta tragedia.

Y es que el crimen es modesto; casi siempre se ampara del anónimo.

La policia se ha puesto en movimiento, sin que hasta ahora haya podido descubrir la cuadratura del círculo.

—¿La cuadratura del círculo?

—O el paradero de los bandidos. Es la misma cosa.



Quando esté en la sepultura,

Por los gusanos roído,

Señales habrá en mis huesos

Que digan: «Yo te he querido.»

Todo el mundo ha oido hablar del tonto Coria. Decian delante de él que se habia inventado un órgano cuyos tubos eran de cristal.

—Lo mas ventajoso de ese instrumento, exclamó, es que, gracias á la transparencia del cristal, se podrá ver lo que se toca en él.

CRÓNICA DE LA SEMANA

Oroño

Una modesta ó inteligente señorita que varias veces se ha hecho notar por sus bellas producciones en prosa, es la autora de los bonitos versos que van en otro lugar con el título con que encabezamos estas líneas.

Revela en ellos inspiracion y sentimiento.

PREVENCIÓN

Por la millonésima vez prevenimos á las personas que tienen cuentas pendientes con la Administracion de este periódico que, si no las arreglan, publicaremos sus nombres acompañados del calificativo que merecan.

Racinos

Han empezado los recibos en casa del Sr. Moujan.

El que tuvo lugar el miércoles estuvo espléndido.

NOVELA

La nueva novela de Emilio Zola se titulará *La joie de vivre*.

Es por el ostio de *Una página de amor*.

COMPANIA DE ÓPERA

La compañía de ópera ómica, de que es empresario el Sr. Glacht, se embarcó en Río

Janeiro el 31 de Julio con destino á esta ciudad.

En los últimos días de la semana entrante dará probablemente la primera funcion.

—  
«LA NACION»

Este importante colega se ocupa del cumpleaños de EL ALBUM DEL HOGAR en las siguientes líneas que obligan nuestra gratitud:

Ha cumplido EL ALBUM DEL HOGAR cinco años de vida, entrando en el sexto protegido siempre por el favor del público, aunque no en la medida que fuera de desear y de justicia.

Pocos semanarios tendrán iguales títulos que EL ALBUM DEL HOGAR á merecer benévola acogida. Sus variados materiales de lectura lo hacen siempre interesante y le señalan un puesto en las casas de familia, mientras que por otra parte, constituyendo la única base de recursos del inspirado cuanto infeliz poeta Gervasio Mendez, se impone por ese hecho á la simpatía y proteccion de todos.

LA NACION envía á EL ALBUM DEL HOGAR su más cordial saludo, deseándole prosperidad siempre creciente.

—  
CARTA

La hermosa é inteligente *Eduarda* ha recibido del distinguido escritor J. M. Torres Caicedo la carta que publicamos en seguida:

Paris, 30 de Junio de 1883.

20 Rue Fortuny.

*Sra. Da. Eduarda M. de Garcia.*

Mi querida é ilustre amiga: Vd. asombra con su fecundidad intelectual. El nuevo libro con que Vd. me obsequia y que tuvo la bondad de traerme el honorable Mr. Rouvier, es digno de los que lo han precedido, y esto dice todo.

*Creaciones* y lo que le acompaña son páginas admirablemente concebidas y mejor redactadas.

La hermosa *Eduarda*, tan perfecta y simpática, tiene en sus escritos tesoros de sentimiento, de gracia, de fina observacion, de delicado *esprit*.

Los libros de V. no son para un suelto sino para un detenido estudio. Perdóneme V. y lamente mi suerte: esclavo del trabajo y siempre solo en mis numerosas ocupacio-

nes, me veo privado, por algun tiempo aun, de la honra y del placer de fabricar el largo estudio, que de V. y de sus obras he de hacer, *¡que haré!*

Dumas, hijo, debia un artículo sobre bellas artes á su ilustre genitor, y como éste le cobrara el tan esperado artículo, el hijo escribió al padre:

«Aguarda, aun me hallo atareado y no puedo festivar mi escrito, para que no se diga: es tan malo que *ha sido* hecho en colaboracion.»

Aguárdeme, bellísima literata, pues el que escriba algo acerca de V., debe mostrarse siempre digno de tan ilustre autora.

Reciba V. la espresion de mi gratitud, de mis homenajes respetuosos y la seguridad de mi antigua y fiel amistad.

B. S. P

J. M. TORRES CAICEDO.

—  
ELENA SANZ

Un corresponsal de Madrid, dirigiéndose á un periódico de Lisboa, y refiriéndose á la desavenencia doméstica de los reyes de España, que tanto ha dado que hablar á la prensa, hace un poco de luz sobre este asunto.

«Elena Sanz, dice, que es una de las cantatrices mas notables por su belleza, hace mucho que vive retirada del teatro, pero no así del mundo, pues no la ven los que no quieren. Nunca se ha exhibido tanto en público, ni con tanta ostentacion como ahora. El secreto de estas grandezas es conocido de todos, y decimos *todos*, porque ya ha llegado á conocimiento de la única persona que lo ignoraba.»

Siempre sucede lo mismo: los interesados son los últimos en conocer la verdad, y la Reina Doña Maria Cristina estaba en este caso.

Llegó por fin el instante en que debia descorrerse el velo, pero *ella* supo contenerse y la visita de los Reyes de Portugal vino á retardar el estallido. Cuando los Reyes viajeros regresaron á Lisboa el escándalo se hizo público.

Resumamos: Elena Sanz está representando al vivo, el papel que en otra época desempeñó con éxito en una partitura de Donizetti: la *Favorita d' il re*.

Esta predileccion del monarca, (que por una estraña casualidad se llamaba tambien

*Alfonso*), turbó la paz de su hogar, y alimenta la profunda y esplicable malquerencia que la Reina de España tiene á todas las mujeres de teatro.

«Tengo una invencible aversion por toda esta gente!»... decia *ella* á la Reina de Portugal, en una de las funciones á que últimamente asistieron juntas.—á lo que, esta respondió:

—Dicen que es una vida de espinas, pero no deja de tener sus *rosas*.

«Parece que en Lisboa ha tenido el alcance de una ironia esta frase que la Reina de España necesitó explicarle.»

Escusamos repetir que la Elena Sanz, á que el corresponsal madrileño se refiere, es aquella bellísima artista andaluza, que trajo Ferrari á Colon el año 1876, en compañía de Gayarre y la Wjsyak.

—  
REMEDIO CONTRA LA CABIA

Mr. Bouley miembro de la Academia de Ciencias de Ginebra ha hecho últimamente el importante descubrimiento de que el ajo empleado contra la rábica, la cura completamente. El Dr. Pereira Diaz, médico hace cuarenta años en Portugal, hizo el experimento sobre nueve individuos, salvándolos. Hé aquí como se debe proceder.

La mordedura debe ser lavada con agua fria, despues frotada con ajo pisado, que se dejará sobre la llaga durante algun tiempo; despues el enfermo tomará durante ocho dias sesenta gramos de la decoccion siguiente: Agua pura, 720 gramos; ajo, una cabeza. Se le hace hervir hasta reduccion de 500 gramos.

El enfermo comerá además todas las mañanas dos cabezas de ajo. Durante los accesos de rábica se le harán másticar cabezas de ajos, hasta que se adormezca.

—  
Los materiales que lleva hoy EL ALBUM DEL HOGAR son los siguientes:

En busca de la muerte, novela de J. U. Tarchetti.—El último ensueño, por Josefina P. de Sagasta.—Otoño, poesia, por Raquel Corelli.—Espuma y escoria, por J. Lanhozo O'Donnell.—Adolescente, poesia, por Rafael Obligado.—La seña del tres, por Eduardo Fernandez Resta.—Los resultados de la Imprenta.—A unos cabellos negros, poesia, por Numa P. Llona.—Arco-iris.—Crónica de la semana.

# EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION, URUGUAY 508

## EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, AGOSTO 12 DE 1883

### EN BUSCA DE LA MUERTE

NOVELA DE J. U. TARCHETTI

Traducida del italiano por Ernesto L. Negri

(Continuacion)

Parecía contar cerca de cincuenta años, llevaba patillas largas y canosas, los ojos prominentes y de un rojo vivo, los bigotes grises y escrutadores. Dos surcos laterales cavados por los anteojos sobre la nariz hacían presumir en él un hombre de negocios. Vestía bien, pero severamente; llevaba una ancha corbata blanca que le fajaba dos veces el cuello y cuyas dos estremidades apenas alcanzaban á juntarse para formar un pequeño nudo adelante; tenía un chaleco verde á bastones, un ancho sobrepodo con cuello de pieles, y hacia pasar continuamente de una mano á la otra una larga caña armada de un grueso pomo de ro.

—Sí, vos podríais indudablemente serme útil, le dijo Rosen, contestando á su ofrecimiento.

—¿De qué modo?

Rosen se le acercó, se inclinó y le dijo al oído una sola palabra que lo hizo estremecer.

—Por Dios! exclamó el otro, y lo decís con seriedad? y por qué motivos?...

—Escuchad, continuó el baron, y volvíó hablarle al oído.

La conversaci6n fué larga y animada; aquel desconocido se mostraba afligido y sorprendido de lo que escuchaba, y muchas veces le habia dirigido algunas palabras que parecían espresar una desaprobacion ó un consejo. Pero por último empezó á mostrarse casi convencido y oprimido por la lógica convincente de Rosen que continuaba hablándole al oído con calor; y separándose un poco como si hubiese acabado de comunicarle aquella parte de su confidencia

que importaba secreto y silencio, le preguntó en voz alta:

—Y ella lo ignora?

—Lo ignora.

—Pero será menester que lo sepa.

—He encargado de eso á un amigo.

—Bien, yo habria podido desempeñar ese mandato, pero si no os oponéis os acompañaré y podré referirle la manera con que habeis cumplido vuestro proyecto.

—Es lo que yo deseo. Os encargaré de una carta para ella y de la relacion exacta de mi fin.

—Os lo agradezco. ¿Dónde vais?

—No tengo direccion fija.....pensaba ir á Italia, pero casi..... Y vos?

—Yo tampoco llevo un plan determinado, viajaremos juntos.

—Cómo os llamáis?

—Benavente Lamperth.

—Sois una persona que me agrada.

—Os quedo agradecido y siento perderos tan pronto. Más donde pensais descansar esta noche?

—En Dover.

—Ahí tenéis precisamente la estacion de Dover, dijo Lamperth, oyendo el silbido de la locomotora; y acercándosele, agregó en voz baja:—Es un país de camorristas este Dover, puede ser que halleis algo que hacer.

Mientras tanto el tren se habia parado. Rosen bajó con su compañero, subió con él á un carruaje y se hizo llevar al *Chicken's hotel* (Hotel del gallito.)

Apenas tomó posesion de su pieza, llamó á Lamperth y le dijo:

—El morir es lo mismo que el hacerse sacar una mocha; desde el momento que nos duele y que debe ser sacada, es mejor hacerlo pronto, y ya que vos me decís que este es un país de camorristas, cuento intentar esta misma noche algo de decisivo.

Rosen tiró el cordon de la campanilla, pidió papel, plumas y tintero, y escribió la carta siguiente:

«Mi querida Emilia:

«El señor Benavente Lamperth te entregará esta carta que te escribo en Dover. Mi amigo Eduardo te habrá hecho conocer las condiciones de aquel proyecto, por medio

del cual he podido arrancarte á las terribles exigencias de nuestro desarreglo económico. Lamperth te completará estas noticias informándote detalladamente de mi muerte. Espero que este sacrificio te hará perdonar todas las crueles injusticias de tu marido.

*Alfredo de Rosen.*

Y doblada la carta en cuatro, la entregó á su compañero diciéndole:—Tengo apetito, bajemos; oigo allí abajo algunas voces de bebedores, y tengo deseo de provocar á alguno de ellos y ponerme lo mas pronto posible á la prueba.

\*\*\*

Era una sala elegante y espaciosa, alumbrada por algunas antiguas arañas adornadas con pendientes de cobre y prismas de cristal, y decorada con algunas pinturas marineras de Viardot medio descoloridas por el tiempo. A lo largo de las paredes habia unas largas mesas de encina cubiertas de tapetes á cuadros oblongos, de un color alternado entre el rojo de ladrillo y el azul;—esos antiguos tapetes de Germania tan usados hasta estos últimos años, de los que se puede decir que no ha habido familia que no haya poseído uno siquiera—y en cada una de aquellas mesas habia sentado un buen número de personas entre las cuales algunos grupos de viajeros y comerciantes y algunos oficiales de marina empleados en los buques de transporte para el estrecho.

Cuando Rosen y Lamperth entraron á la sala todos los asientos se encontraban ocupados. Rosen dirigió una mirada á la sala y murmuró para sí:—Empezamos bien, es un pretexto, los obligaré á que se incomoden para dejarme un lado de la mesa; quiero ver si tendrán valor para rehusármelo.

Y se acercó á una de ellas.

Algunos marinos franceses que se hallaban sentados al rededor de la misma discutiendo calorosamente de sus viajes, cortaron al momento su conversacion, llevaron la mano á sus gorras, se levantaron; y arriándose lo mas que podian uno á otro, invitaron á Rosen y á Lamperth á sentarse.

Maldita urbanidad parisiense, pensó Rosen, que me quita todo pretexto para reñir

honestamente con esos zánganos; pero..... ellos son franceses, los insultaré en su orgullo nacional.....sin duda se puede armar pronto camorra con semejante gente.

El baron y Lamperth se sentaron y pidieron su cena; los vecinos siguieron en su conversacion interrumpida.

—Quiereu Bordeaux Lafite, Sainte Julienne, Champagne, ó vino Legítimo de Bouillon ó de Abbeville?

—Queremos vino inglés, dijo Rosen vivamente, nada más que vino inglés; yo, por mi parte, aborrezco todos los vinos de la Francia, y, agregó en voz alta, todas las cosas que nos llegan de Francia.

Diciendo esto miró al rostro de sus vecinos; pero ellos ó no habian oido ó habian simulado no haber oido.

—Miserables! murmuró Rosen al oido de Lamperth, no son susceptibles tampoco de un resentimiento tan justificado.

Poco despues el camarero habiendo colocado delante de ellos algunos platos pintados, en los que estaban representados los principales episodios de la vida de Napoleon, Rosen tomó uno y presentándolo á su compañero, le dijo tratando de ser oido:

—¿Qué os parece? aquí teneis un hombre que en Inglaterra habria logrado ser cuando mucho un tamborillo, y que en Francia ha pasado por un gran general. Mas no importa, todos saben que en Waterloo recibió buenas lecciones de los ingleses.

Tambien estas palabras no consiguieron el efecto que él esperaba; uno solo de sus vecinos se volvió, y viendo que Rosen lo miraba, y pensando que quisiese tomar parte en su conversacion, le preguntó:

—¿El señor ha viajado?

—Sí, contestó Rosen, he ido otra vez desde Dover á Calais, pasando por el archipiélago griego

—¿Cómo habeis dicho?

—De Dover.

—A Calais?

—A Calais, precisamente, y cruzando el archipiélago griego.

Todos los circunstantes soltaron la cargada, y el mismo Lamperth simuló inclinarse á recojer la servilleta, para ocultar el deseo que tenia de reirse, y no frustrar los proyectos de su compañero.

—Señores, dijo Rosen gravemente, á menos que vosotros no hayais navegado sobre una concha de carton en una fuente artificial de vuestro jardin, ó vistais en este momento el uniforme de la marina francesa para formar una compañía de teatro, debeis saber que se puede salir de Dover, cruzar

toda la tierra, no solamente el archipiélago griego, y llegar á Calais despues de haber cumplido el viaje mas sencillo y mas natural del mundo.

—Vos poseeis unos conocimientos geograficos muy profundos, dijo uno de los viajeros; pero os aconsejaria que no los manifestáseis en público si os importa que no se rian de vos, y que los defendiérais con menos calor, si no deseais hallar alguien que os corte las orejas.

—Por Cristo! exclamó Rosen, levantándose y golpeando con el puño sobre la mesa, mientras se alegraba interiormente del buen éxito de su tentativa, y se esforzaba en disimular su alegría, no sereis indudablemente vos quien sabrá cortarme las orejas, y es lo que podremos ver en el momento, apenas yo haya acabado mi *beefteack*, si teneis tanto atrevimiento en los hechos como teneis arrogancia en las palabras.

—Salid, salid, dijo el francés, con el rostro punzó de vergüenza y de ira. . . .

Y Rosen mordiendo mas de prisa su *beefteack*, se inclinó al oido de Lamperth, y le preguntó:

—Os parece que el pretesto sea válido? Cómo nó . . . se trató de amor nacional . . . de una cuestion de ciencia . . . que . . .

—Oh! sin duda, validísimo, interrumpió Lamperth encojiéndose de hombros.

Rosen tiró entonces el resto de su *beefteack* en el plato, como quien cumple un último sacrificio, y agregó:

—Ya que yo soy el desañado á mi me pertenece la eleccion de las armas, elijo la espada, por que nosotros no somos amigos de los rasguños del sable y sabemos hacer agujeros como es debido . . . Este gentil hombre, mi compañero de viaje, será mi padrino; pero donde nos batiremos?

—Hay cerca de aquí, á lo largo de la playa, un terraplen que no podria ser mas á propósito para este negocio, vamos.

—Os sigo.

Rosen y sus compañeros llegaron pocos momentos despues al sitio mencionado.

Es inútil decir que Rosen habia resuelto defenderse tan solo lo indispensable para ocultar su designio, y descubrirse apenas su enemigo hubiese sabido dirigirle un golpe decisivo.

Se trajeron las armas: los dos adversarios empuñaron las espadas y se arrojaron uno sobre otro. El francés se batia con fuego, era un esgrimidor brillante.

Rosen lo rechazaba con calma, y sonreia, aun que sintiese no poder hacer alarde de su valentia en ese juego. La lucha duró al-

gunos instantes. Rosen ya se disponia á dejarse herir, cuando notó que su adversario se obstinaba en tener alta la punta de su espada para marcarlo en el rostro. Esta circunstancia fué la causa de que él perdiese toda su frialdad, y se olvidase del objeto de este duelo, para no acordarse mas que de su enemigo. Continuaron con encarnizamiento; el francés habia tocado ya un hombro de Rosen, cuando, descubriéndose de repente al retirarse, fué herido en el pecho y cayó

(Continuará.)

## CE QUE JE VEUX

(DE EMILE ZOLA)

¿Sabeis lo que yo quiero?...en la ladera,  
Cuando Mayo comience á sonreirnos,  
Una cabaña que se esté mirando  
En el espejo claro de algun rio;

En el fondo y oculto por las ramas,—  
Donde llegar no pueda otro camino,  
Junto del que hacen las palomas blancas,  
Allí quisiera entretejer un nido;

A lo léjos, tocado el horizonte,  
Sobre una roca gris,—bajo los pinos,  
Escuchar las canciones que la brisa  
Murmure por las tardes á mi oído;

Una cadena de profundos valles,  
Por donde crucen en revuelto giro,  
Bajo el verde follaje, los arroyos,  
Siempre inquietos y siempre cristalinos;

Donde inclinen al peso de las flores,  
Su plateada cabeza los olivos;  
Donde las vides, como amantes locas,  
Trepén saltando por agudos riscos!..

¿Sabeis lo que yo quiero?...es una senda  
Fresca como la cuna de los niños,  
Que convierta el umbral de mi cabaña  
En umbral de un risueño Paraiso;

Una alfombra de musgo embalsamado,  
Cubierta de allucema y de tomillo,  
Bajo las ramas de un rosal silvestre  
Que sirva de dosel á mi dominio...

Despues que así mi pueblo haya formado  
Lo que quiero tambien en mi retiro,  
Es ver flotar mis sueños de poeta  
Bajo la sombra del follaje umbrío!

Pero, lo que yo anhelo, sobre todo,  
Y sin lo cual de mi poder abdicó,

Lo que yo quiero en mi pequeño mundo  
una reina de dorados rizos!...

Reina de amor,—con el acento dulce,  
Pálida frente y ojos pensativos,  
Y cuyos piés pequeños, sobre el musgo,  
Ni lo marchiten ni produzcan ruido!...

LEOPOLDO DIAZ.

### GUALTIERO

La naturaleza, en la misteriosa union y combinacion de sus elementos y de sus fuerzas, sea por la forma de las agrupaciones atómicas ó moleculares, sea por otra causa desconocida, realiza organizaciones tan múltiples y tan diversamente aptas, que la mente del menos filósofo queda suspensa ante los secretos del sér.

Para mí, de todas las dotes físicas y morales que son atributos del hombre, las mas elevadas y puras son aquellas que constituyen al verdadero artista, aquellas que imprimen en toda su personalidad, reflejándose en sus obras, el sello inequívoco de la virtud creadora.

La prueba de esto es que el arte nunca se manifiesta en los albores de las sociedades, sinó mucho despues, como un fruto precioso de la mayor cultura y de un desenvolvimiento intelectual mas avanzado, ó por lo menos, si las organizaciones artísticas pueden existir desde épocas mas primitivas, requieren un medio ambiente de civilizacion, de sentimiento estético, de gusto, de refinamiento y de libertad en las ideas, para dar vida á sus facultades.

Las bellas artes han seguido una gradacion casi uniforme, en el órden de su nacimiento y desarrollo. La música, puede decirse que es la última venida y tambien la que ha realizado mayor progreso.

La poesía, la arquitectura, la escultura, es sabido el inmenso apogeo que alcanzaron en el mundo antiguo, principalmente entre los griegos, mientras que la música, aunque se ha mostrado como un elemento auxiliar que daba realce á la poesía y á la danza, vinculándose con ellas por el ritmo y el movimiento, era tan embrionaria y pobre que no puede merecer el nombre de arte. Aquellos monótonos cantos, aquellos gritos guerreros, no eran mas que la expresion instintiva, natural y simbólica de un estado del ánimo; no habia idea, plan ni concepcion artística; no se conocian las le-

yes de las combinaciones sonoras, ni se poseian los medios de obtenerlas, pues los mejores instrumentos de la orquesta moderna datan del siglo XVI.

La música para llegar á su grandiosidad actual, ha necesitado el concurso de la ciencia, de la industria y de otras artes auxiliares. En este sentido es como la antítesis de la escultura, en que el artista está solo con su idea, su cincel y el trozo de piedra á que ha de dar forma, proporciones y la espresion de un cuerpo vivo.

El verdadero arte musical ha nacido con Latre y Palestrina y principalmente con Viadana, que al inventar el bajo continuo echó las bases de la armonía, rama que cada dia se complica más y se independiza y que hoy puede ya figurar entre las ciencias matemáticas. Con este hecho trascendental en la historia de la música, puede relacionarse el origen de las dos escuelas instrumentales que por tanto tiempo se han disputado el predominio, la italiana, melódico-dramática, y la alemana, armónico-sinfónica. El moderno eclecticismo ha venido á ganar la contienda, aprovechando todos los elementos y engrandeciéndolo y ensanchando el campo del arte musical.

Los italianos, llenos de las tradiciones del arte griego, queriendo imitar la melopeya ó formas rítmicas con que se acompañaba el recitativo de las grandes tragedias de Sófocles y Esquilo, crearon el drama lírico, y comprendiendo que ningun instrumento puede alcanzar el colorido, la pasion, la flexibilidad y el brillo de la voz humana, emplearon todo su génio en la concepcion melódica, subordinando humildemente á esa encantadora sirena todos los demás instrumentos, que desempeñaban solamente el secundario rol de sostener y dar mayor contorno á la tesitura vocal.

Los alemanes, concibiendo el arte musical de una manera filosófica y profunda, han considerado la voz humana como el primero de los instrumentos, como el mas bello y maravilloso, y por lo tanto, como el destinado á dar mas brillo al conjunto orquestal; pero contribuyendo todos los agentes sonoros, con su nota, con su tinte especial, á dar variedad, riqueza, brio y esplendor al concierto sinfónico.

A nuestro siglo estaba reservado, y principalmente á Beethoven, Rossini, Meyerbeer, Helévy, Berlioz y por último á Wagner, fundir y unificar esas dos tendencias del arte antiguo, formando de su feliz consorcio esas estupendas combinaciones sonoras que ya admiran, ya arroban los

sentidos, como los paisajes lujosos y exuberantes de los trópicos, pues la música, como ha dicho Proudhon, no es mas que una contemplacion por el oido.

Y cosa rara: en toda esa brillante pléyade no hay dos artistas que se parezcan: pueden tener algunos puntos de semejanza, porque el genio y el genio se tocan, como emanaciones de una misma esencia; pero hay algo que es inherente á la individualidad y que no se confunde con nada: es el gusto, la intuicion estética, la manera de concebir y de objetivar la concepcion en el mundo sensible.

Crear es la gloria del arte, ha dicho Lilmayrac, y el supremo talento consiste en dar á la vida ideal todas las apariencias de la realidad.

Por eso toda obra de arte, toda fecundacion de un germen poético en que se busque la realizacion de la belleza y los nobles goces del espíritu, merece el aplauso y la consideracion de la crítica, y si esta tiene el deber y se empeña en señalar los errores, vacíos ó deformidades de la factura ó de la concepcion, la impropiedad de algunos matices, la irregularidad de algunos lineamientos, es con la sana y elevada intencion de encender el anhelo del artista con el aliciente de perfeccionamiento.

Entre nosotros, todas las bellas artes, con escepcion de la poesía y la literatura, que ocupan un puesto distinguido en la gran república de las letras, no han tenido sino uno que otro tímido representante, una que otra manifestacion embrionaria y efimera, y la música, tan estensa cuanto superficialmente generalizada, como repertorio original y propio cuenta solo con algunas fantasias de salón y algunas centenas de piezas de baile.

Ha cabido, pues, al maestro Eduardo Torrens la gloria de ser el primero que ha dado aquí un paso sério é importante en el arte musical, realizando una obra de largo aliento, y que en dos noches consecutivas ha asegurado su éxito para el porvenir.

El estreno de *Gualtiero*, en que tiene tambien su parte de honor el empresario Ferrari, y los triunfos que ha obtenido y obtendrá su autor, son de un alto significado para el arte lírico americano y principalmente para nosotros, que desde luego podemos considerarnos envueltos de una manera activa y productora en el movimiento musical del mundo, contribuyendo con una obra inspirada y llena del mismo espíritu eclético, á aumentar el gran re-

perorio moderno. El nombre del señor Torrens queda para siempre vinculado con este feliz acontecimiento, que quizá no sea más que el albor de un día brillante para el arte, y aun cuando su obra no fuese tan buena como es, su noble iniciativa solamente le haría digno del mayor aplauso.

Pero quizá mis lectores tengan ya curiosidad de saber quién es el autor de *Gualtiero*. Felizmente, tengo el gusto de conocerlo, y lo dire en cuatro palabras.

Eduardo Torrens nació en La Selva, pequeño pueblito de Tarragona, una de las provincias de España. Hasta la edad de diez años tomó lecciones de piano de su propio padre, y después, huérfano de aquel y sin recursos, siguió alimentando su pasión por la música, solo, con la ayuda de su voluntad y de su ingenio.

Llegó así a ser un distinguido maestro de piano, pero siempre acariciando otras aspiraciones más elevadas.

Desde el año 73 se encuentra en Buenos Aires, y se ha vinculado de tal modo con el país, que según declaración propia, es argentino de corazón.

Actualmente raya en los 35 años; es de una estatura regular, de una fisonomía bondadosa, barba y pelo negro, frente despejada y mirada inteligente y tranquila.

Ahora que tenemos alguna idea del autor examinemos su obra.

Torrens, en la imposibilidad de conseguir un poema nuevo y satisfactorio en que encarnar sus inspiraciones, habiendo caído en sus manos *Il Pirata* de Felice Romani, concibió el plan de dar á aquella intriga otro desarrollo, á la vez más dramático y más ideal. Su colaborador literario ha sido el Sr. Savon, cuya fácil y dócil musa se ha adaptado á todas las exigencias eufónicas del maestro.

Torrens conservó todos los personajes: el temible y apasionado Gualtiero, la desdichada Imógenes, el implacable duque, el gallardo Itulbo, el venerable ermitaño.

Romani no fué del todo feliz en la elección del asunto, un tanto lúgubre y poco poético, del *Pirata*, inspirado sin duda en una novela en que Walter-Scott describe con mano maestra las costumbres de esos terribles bandoleros de los mares que por tanto tiempo fueron el terror de los navegantes. La trama imaginada por Romani y que ha servido de cimiento á la obra de Torrens, se desarrolla en la primera mitad del siglo XIII.

Gualtiero, miembro de una familia noble

—los Montaldi—enemigo irreconciliable de Ernesto, Duque de Caldora, vencido y arruinado, en un raptó de desesperación abandona su patria y su bella y adorada Imógenes, haciéndose jefe de piratas.

Los años que pasa en esa vida ruda de los mares, acechando siempre nuevas presas y dando combates al abordage, lejos de borrar de su alma el recuerdo de su prometida, aumentan la intensidad de su pasión, y en el fragor de la pelea, en el rugir del vendabal, en el ruido del oleage que se rompe en la quilla de su buque, en el cielo sereno de las noches en calma, á toda hora y en todas partes, siente como una música lejana, el nombre de su Imógenes y contempla su imagen, hermo sea da con todos los encantos de una fantasía amorosamente exaltada.

Un día, una horrible tempestad arroja su barco sobre las rocas de una playa, consiguiendo á duras penas salvarse con algunos de su tripulación y con su fiel amigo Itulbo, y al encontrarse en tierra, reconoce á su propio país, y en un viejo zacoreta que desde la orilla les había infundido valor con animosas palabras, á su antiguo institutor y maestro.

Este le advierte que está en poder de su mayor enemigo y que no debe darse á conocer.

Es entonces que Gualtiero, en un momento de expansión con su viejo amigo, le pregunta por su idolatrada Imógenes; esa única estrella de su cielo tormentoso, y canta las sentidas estrofas de Romani, que inspiraron á Bellini la apasionada cavatina con que el célebre tenor Rubini conquistó tantos laureos escénicos:

Nel furor delle tempeste  
Nelle stragi del pirata,  
Quell' imagine adorata  
Si presenta al mio pensier,  
Come un angelo celeste  
Di virtude consiglier.

Cuán léjos estaba de pensar el desgraciado Gualtiero, que la noble y generosa Sra. de Caldora, que al saber el siniestro venia á ofrecer en su propio palacio hospitalidad á los naufragos, era su suspirada Imógenes, que por salvar la vida de su padre, había ofocado el grito de su amor primero y se había sacrificado en el altar de la pasión del duque! Ella había dado su mano á Ernesto, pero su alma, su pensamiento oran de Gualtiero.

Este al saber toda la magnitud de su desgracia, al saber que Ernesto, su implacable perseguidor, no contento con haberlo quita-

do poder, fortuna, títulos, le había arrobado también su amor, y con él toda esperanza de felicidad, ciego de furor, después de hacerse conocer de Imógenes y enrostrarle su infidelidad, mata á su rival en un encuentro, y siendo condenado á muerte por el alto consejo, se arroja desde un puente del castillo, é Imógenes pierde la razón.

Este es el asunto que ha servido al maestro Eduardo Torrens de base á su trabajo musical, pero dando un desenvolvimiento más amplio á la intriga; precediéndola de un prólogo dividido en cuatro cuadros; reflexiones de Ernesto consigo mismo; reunión del consejo y consentimiento de Imógenes para desposarse con el Duque; escena mística, en que se oyen coros de ángeles y serafines que calman el agitado corazón de Imógenes, que ruega ante una vieja y solitaria cruz, y por último la fiesta nupcial de Ernesto é Imógenes.

Como epílogo el Sr. Torrens ha tenido una concepción feliz, que viene á borrar el desenlace trágico del poema, imaginando un paraíso de una belleza sobrenatural, de cuyas inefables delicias, de cuyo ambiente purísimo y etéreo, embalsamado con perfumes desconocidos y en medio de una eterna primavera iluminada por suaves resplandores, solo pueden gozar los seres que en su peregrinación por la tierra no pudieron unir sus destinos con el vínculo de un amor profundo, y que van allí, en aquella mansión fantástica de la pasión idealizada, á confundir para siempre sus almas. Este epílogo es una verdadera creación: hay novedad y encanto; el espectador siente ante aquel cuadro de serena y perennal hermosura algo como una esperanza indefinida mezclada con esa sensación inexplicable que se llama sentimiento estético. La música de todo el epílogo es realmente inspirada; está precidida por un ritmo extraño; hay una instrumentación rica en armonías, mientras que la masa de violines y violoncelos suspira melodías tiernas y vaporosas. Este solo trozo bastaría para dar al Sr. Torrens léjítima reputación de músico inspirado y hábil en el manejo de la orquesta.

En cuanto al prólogo, creemos que el Sr. Torrens no ha estado acertado ni en la extensión, ni en la subdivisión que ha hecho de él en tantos cuadros. Los cuadros de escena no son siempre del buen efecto que se espera, sobre todo cuando destruyendo ó debilitando la unidad de la acción, obligan al espectador á hacer sostenidos esfuerzos que acaban por fatigar su atención.

Este defecto, como otros de que adolece

la obra, son hijos únicamente de la poca experiencia del maestro Torrens sobre los efectos escénicos; pero todos ellos y mas que fueran, aparte de que pueden fácilmente subyacer, serian escusables, no solamente por que se trata de una primera obra, sino por que en la composicion musical hay verdaderas bellezas, pasages de levantada inspiracion, de delicado arabesco armónico y de brillante instrumentacion.

Para mí, los trozos culminantes de la obra y que por sí solos valen una ópera son:

La entrada del barítono, en el prólogo. *Mi tormenta arcaica, gelosa furia*, que es de un corte enérgico, bien sostenido por la orquesta y que termina con un rasgo de bravura que entusiasma. Este pasaje valió una salva de aplausos al autor y á su inteligente intérprete, el simpático Salvati, que lo cantó con gusto y correccion.

El coro del consejo y el de los aldeanos son de muy buen efecto.

El ária del tenor del primer acto está tratada con inspiracion y maestría. El tenor Petrovich estuvo muy feliz en ella y principalmente en la bella frase:

....stringerla al seno

un solo instante e poi la morte.

Otro trozo de delicada melodía es el canto de Imógenes:

Qui ferito insanguinato, etc.

Al decir de Seudo y Clement, la Grissi hacia una Imógenes encantadora. Nosotros diremos que la Sta. Gabbi se ha sobrepasado á sí misma y que á pesar de la rapidez con que se han hecho los ensayos, se ha mostrado posesionada de su rol, realzando la dulzura y flexibilidad de su canto, con su apropiada accion dramática.

Cantó con verdadera pasion la bella frase: *No, non morir, io t'amo ognor*, que fué aplaudida con el mayor entusiasmo.

El ballet del 2º acto es una joya de esquisite gusto. El aire de mazurca es de un estilo elegantísimo y de una rara nitidez de forma. Es muy original el efecto de los pizzicati en el andante que sigue, sostenido por un canto robusto y de gran distincion, primero de los clarinetes y luego de los violoncelos.

La serenata de Itulbo: *Oh patria mia, tu sei mio dolce e caro amor....* es bellísima y de una factura nueva. La melodía está muy bien combinada con el trabajo orquestal.

La distinguida artista señorita Synnerberg interpretó y cantó este trozo con el talento y el gusto de que ella es capaz, obteniendo una de las mayores ovaciones de la noche.

El duo entre Imógenes y Gualtiero seria de mucho mejor efecto, si fuese mas sostenido su interés dramático musical y si no se interrumpiese con la presencia del hijo de Imógenes, que es desagradable y hace decaer la accion, enfriándola. Felizmente, el final del duo, que está tratado con mas inspiracion y brio, borra un tanto la impresion anterior.

La marcha con que termina el 2º acto es de gran sonoridad y de brillante efecto. Se prepara de una manera original con unos acordes de quinta disminuida á que se une una nota accidental de apoyatura que al principio choca al oido, pero que luego gusta por su repeticion. Con ella concluye magistralmente el acto.

La locura de Imógenes con que termina el tercero, es uno de los trozos culminantes de la ópera. El fué motivo de que la señorita Gabbi y el maestro Torrens recibieran otra ovacion del público.

En resúmen, la obra del señor Torrens es notable bajo muchos conceptos, y aunque adolece de defectos, la mayor parte subsanables, está destinada á sobrevivir y dar gloria á su autor.

Hemos notado en ella muchas faltas de ilacion en el discurso musical, algunas escenas un poco largas y otras demasiado cortas, como, por ejemplo, la de la tempestad, que está soberbiamente tratada como trabajo instrumental, pero que pasa tan pronto como una tormenta de verano. Es lástima que el Sr. Torrens no haya dado mayores proporciones á esta imponente escena descriptiva.

Creemos tambien que deberia suprimirse la marcha de la última parte del prólogo, que aunque buena en sí, es una redundancia, y al lado de la espléndida del 2º acto pierde su efecto propio, y contribuye á debilitar el que produciria la última sin los frescos recuerdos de la primera. El bajo deberia tener una parte lírica mas importante. El inteligente artista Sr. Silvestri le dió todo el realce posible.

El *Gualtiero* del maestro Torrens, pues, tiene defectos que pueden considerarse necesarios é inherentes á un primer trabajo de tanta magnitud; pero en cada frase se revela la personalidad artística del autor, y en toda la obra la originalidad de sus concepciones y los serios estudios que ha hecho de las leyes de la armonía y del contrapunto. Hay correccion, hay galanura, hay frescura de matices, ritmo, pasion; en una palabra: hay belleza musical. El oido algunas veces queda suspenso, como si por

primera vez fuera herido por armonías y combinaciones sonoras que vinieran á ensanchar el diapason conocido, y estas impresiones del oido llegan á conmover en ciertos momentos hasta lo íntimo de la sensibilidad.

El señor Torrens no se ha formado á la sombra de ningun maestro; lo debe todo á su perseverancia, á su genio paciente y á sus largas veladas estudiando las grandes obras del repertorio clásico, sorprendiendo el secreto de esos efectos maravillosos que han sabido obtener los Bach, los Mendelssohn, los Boieldieu, los Thomas, los Weber, los Verdi, etc., y que suelen consistir en simples disonancias, en agrupaciones accidentales de instrumentos heterogéneos, en un giro nuevo, en una fuga, en una nota sensible, en una de esas combinaciones que ocurren instantáneamente, como una súbita inspiracion,—especie de excitacion nerviosa ó eléctrica de la masa encefálica.

Es así como se ha formado el maestro Torrens, como ha llegado á vencer las inmensas dificultades del arte músico-instrumental, y á realizar sus aspiraciones. *Gualtiero* es una obra tan buena que, si no fueran ciertas faltas visibles de coexion y de enlace, ciertas soluciones de continuidad que repentinamente decae el interés, á lo que quizá han contribuido los cercenamientos de que ha sido objeto sin meditacion y sin tino, en la precipitacion con que todo se ha hecho, pareceria increíble que fuese el primer ensayo de un compositor de ópera. Hay en todo *Gualtiero*, material abundante y rico para componer una ópera sobresaliente.

El primer paso está dado; adelante, que el porvenir es grande.

ANGEL MENCHACA.

### MIS CONDICIONES

Si tu me quieres mujer,  
Ha de ser de esta manera:  
Amar con el alma entera,  
Y odiar con todo tu ser.

Nunca limito mi anhelo  
Ni estrecho mi corazon;  
¡Que no quiere mi ambicion  
Gozar á medias ni el cielo!

¿Vas á medias? Ya no vas.  
¿Das con tasa? Dar mezuino.  
Lo divino, si es divino,  
Es que es todo, y ya no es mas.

Y quiero todo alcanzarlo,  
O si no, todo perderlo.  
El bien, Aurelia, ó no verlo,  
O eternamente gozarlo.

Lo mas grande ó lo mas ruin,  
No lo mezuquino y vulgar;  
O no llegar, ó llegar  
A lo que no tiene fin.

Si es mio tu corazon,  
No me robes ni un latido:  
Si uno falta, ya he perdido  
Para siempre la ilusion.

JOSÉ ECHEGARAY.

## LOS FUNERALES DE UN PÁJARO

¿Qué se hacen esos alegres pobladores del bosque y de los prados cuando sus corazoncitos han dejado de latir? ¿Qué misterioso pudor se apodera, en los últimos momentos, de sus almas? ¿Dónde van á exhalar la nota suprema de su canto?

¿Se ocultan los pájaros para morir? A esta pregunta de un poeta, ningun poeta ha contestado. Pero la ciencia, que todo lo sabe, y otras cosas aún, nos ha dado la solución del enigma.

Con sus datos preciosos voy á contar la verdadera historia del entierro de un pajarillo. Oídme, os lo ruego.

Mi vecino de campo, el coronel R..., uno de los inválidos de Reichsffon, tiene dos pasiones de niña, las flores y los pájaros. El viejo héroe los idolatra. Así cuida las semillas ó los gajos. Fué él quien primero cultivo la *Orquídea ala de mariposa* y la *Diomea atrapamoscas*; dos maravillas. Es el único que en toda Europa posee vivo el *Colibri rubi-topacio*, esa joya alada, que queda aprisionada en una tela de araña, y que se mata con un grano de arena.

La cruz, la pensión, las campañas, todo lo que pertenecía al bravo guerrero, desapareció. Murió sin un centavo, dejando á tres sobrinos incompetentes el invernadero, las pajareras, doce pipas y su pierna de pulisandro. Todavía demasiado para lo que merecían.

Al fin del otoño me preparaba á despedirme por seis meses de las campiñas de Etampes, cuando recibí de mi vecino la siguiente curiosa invitación:

† Se ruega á vd. que asista al entierro de un bengalí de cola rosada, muerto en la

flor de sus años, á causa de la nostalgia de las playas australianas.

El entierro empezará mañana, de madrugada, y estará á cargo de los enterradores acostumbrados del Buen Dios.

El cortejo partirá de la jaula mortuoria. Lo que esto me intrigó, puede adivinarlo el lector. Decir que me entristeció, sería mentir; pero no así el coronel á quien encontré la hora señalada, sombrío y anonadado, ante la jaula en que estaba acurrucada, la inconsolable viuda. No ahorré mis consuelos. A la avecilla le ofrecí unos terrones de azúcar, que ella partió con su pico afilado. Al coronel le dije las banalidades de costumbre, que no contribuyeron mas que á exacerbar su dolor. ¡Era el último!... Y ya no hay mas en Australia. ¡Esos bribones de colonos lo han destruido todo!

—Vamos, le dije, valor; yo escribiré á mi amigo el cónsul de Melbourne, y encontraremos un bengalí para reemplazar al vuestro.

—No, me contestó, no reemplazaré el bengalí de cola rosada; ¿no vé usted que tiene la cola rosada?

Si sigo adelante, el pobre viejo hubiera llorado.

—Venid, me dijo el coronel, con un ademán capaz de partir un hulano en dos.

Fuimos al fondo del jardín, donde habia un cerco de cerezos salvajes que tenia una puerta que daba á la pradera; llena de ruidos misteriosos y de batir de alas.

La vida parecia brotar del seno de la tierra bañada por el sol y por el rocío. Cada hoja de trébol, cada flor de campanilla brillaba de diamantes en que se detenian y libaban mil insectos de alas temblorosas.

Insensible á todo esto, mi compañero caminaba con paso desigual aplastando sin piedad las yerbas y haciendo con su baston una hecatombe de grillos y langostas. ¡Cuántos crímenes se cometen ántes de almorzar!

—Ahí es! murmuró el coronel, mostrándome en medio de un claro arenoso el cuerpo inerte del bengalí. Os he prometido un entierro y estamos en él. Inclinaos y observad.

Nos agachamos sobre el césped. El coronel encendió la pipa funeraria, y fiel á la consigna, no perdí de vista el pequeño cadáver, con las patas descoloridas, y su cola, aquella famosa cola rosada que la misma Australia no volviera á reproducir.

Lo que ví, todos los jardineros y cazadores de insectos lo saben. Yo lo ignoraba.

Nosotros los especialistas somos así, aferados á los nombres griegos de seres invisibles, hábiles para analizar los metales solares pero incapaces de distinguir en una huerta una col de un nabo.

Ví un enjambre de moscas amarillosas y velludas revolotear sobre el pajarillo, profanar con las patas y la trompa su plumaje vistoso, y despues, envalentonadas con nuestro silencio, atacar los ojos, la lengua y los muslos.

De cuando en cuando, un escarabajo dorado venia zumbando, desde el fondo del horizonte, se posaba pesadamente sobre el cadáver y se introducía entre las plumas, donde desaparecían á su vez un segundo y un tercero. Poco á poco fueron llegando otros veinte anhelosos y fatigados. La pandilla se hacia lejion. Toda aquella banda penetró no sé cómo en el cuerpo del pajarillo, que ví ajitarse y moverse en todos sentidos, levantado en cierto modo por centenares de patas robustas y de mandíbulas aterradoras.

—¡Qué ralea! exclamé.

No son hambrientos, respondió el coronel son enterradores. Observad todavia.

Yo fijé la mirada con avidez. Positivamente, el bengalí parecia aplastarse y hundirse en el suelo movedizo de arena. A los escarabajos amarillos y negros, se habian agregado cien insectos diferentes que componen la tribu de los purificadores del aire. ¡Qué maravillosa tarea y cuán valientes obreros!

Era sorprendente verlos atacar por todos lados con la cabeza, con las patas, con las antenas, con los garfios, con todo, y remover la tierra bajo el enorme cadáver del pajarillo que se hundia por momentos.

Los mas ardientes en el trabajo eran los necróforos, que el coronel llamaba los enterradores de Dios.

Y efectivamente, la naturaleza los habia dotado de herramientas admirables. Cabeza poderosa con mandíbulas aceradas, el labio cortado como una pala para arrojar la tierra y agrandar el agujero, el peto redondeado como un broquel, las patas anteriores munidas de un serrucho largo y cortante, y las posteriores cortas y fuertes. Además de esto, mirada hosca, movimientos violentos; todo el aspecto de un sacamortuos.

Uno de ellos, empresario de pompas fúnebres sin duda, dirijia la pandilla majistralmente. Colocado sobre el esternon del pajarillo, no cesaba de dar vuelta en torno de su puesto de inspección. Cuando un

trabajador parecia desfallecer, le daba un golpe de cuerno, con dos que tenia en forma de cachiporra, y que agitaba sobre todos sus súbditos en son de amenaza.

Entonces, toda la tropa parecia agitada por el frenesí.

Oia el ruido de aquellos picos, de aquellas azadas, de aquellas palas vivientes.

Al rededor del cuerpo, la arena removida se elevaba en montículos simétricos. Hombres encargados de cavar la fosa de un gigante mil veces mas grande que ellos hubiesen muerto de cansancio. Aquellos pigmeos, por el contrario, parecian infatigables. Cavaban sin descanso, con habilidad, con empeño.

El coronel me miró. Su mirada parecia decirme:

—Y bien! ¿Qué pensais de esto?

—Es inaudito, le respondí.

Hacia mas de dos horas que estábamos allí.

—La tarea de los machos avanza, continuó mi vecino, pero esto no es mas que el primer acto. Un poco de atencion todavia y vereis á las hembras en su faena.

Yo no deseaba otra cosa, á pesar de que sentia mis pupilas cansadas.

Pronto, en efecto, los escarabajos grandes y pequeños salieron uno á uno de la fosa que acababan de cavar.

Cuando llegaban á lo alto del montículo de arena, se sacudian el polvo, se hacian una pequeña toilette, abrian sus alas y se alejaban volando alegremente. Despues, los insectos mas pequeños desaparecieron á su vez. El pobre pajarillo quedó solo en el fondo del agujero que tantos esfuerzos habia costado.

Las hembras se hicieron esperar, lo que nada tiene de extraño, porque esa es costumbre vieja en todas ellas.

Pero al fin vinieron; las reconocí en los miembros mas sueltos, en el vientre mas saliente, en los tintes mas ternos; el bello sexo, cosa rara, es notablemente mas feo en los animales. Los machos gozan de todos los adornos, de todas las seducciones de la forma y del color, de todos los privilegios. Hago sin embargo, escepcion de la araña, que mas vigorosa y mas grande que su esposo, lo revienta bonitamente despues de una tierna entrevista. «Dura leccion, hijo mio, para los voluptuosos», diria Mr. Prudhomme.

Pero volvamos á las hembras.

Estas señoras penetraron en el cadáver por una parte que no conviene nombrar. Cuando volvieron á la luz, el bengalí tenia

en su interior millares de huevos. Su mision estaba cumplida. Aligeradas del fardo de su projenitura, emprendieron su vuelo y desaparecieron en el vapor sonrosado de la mañana.

—Esto ha concluido, dijo el coronel incorporándose pensosamente. Habeis asistido al entierro de un pájaro. Contadlo y se mojarán de vos. Pero no olvidéis decir, os lo ruego, que estos admirables enterradores, creados por Dios para purgar el aire de miasmas pestíferos, trabajan tambien por su especie.

Cuando los huevos de que mi pobre pajarillo tiene el vientre lleno, maduren, los pequeñuelos que nazcan, incapaces de procurarse la existencia, encontrarán su alimento ya preparado. En ese pequeño cuerpo hay pan para cien familias. Así la podredumbre engendra mundos; cada cadáver es una cuna, y la vida, una vida siempre nueva, surge eternamente del seno de la tierra. La muerte no es mas que una transicion, un alto entre dos evoluciones de la materia.

¡Vamos á almorzar!

## REVISTA DE LA PRENSA

Dice *El Diario*:

—En nuestro número de ayer, por la primera del tiempo, no pudimos entrar en detalles respecto á la prision de la señorita A., hija de la viuda de un coronel de la Nacion, tan conocida en esta sociedad.

El jóven O., acusado como raptor de esa niña, gozaba en la casa de la hermosa viuda, la mas grande franqueza y confianza, adquirida tras largos años de sincera amistad. La viuda sospechó que entre su hija y el jóven O., la amistad asumia, cada dia mas, un nuevo carácter, pero nunca creyó que él tendria un desenlace como el que acaba de tener.

Ahora unos cuatro dias atrás, el jóven O. se encontraba de visita en casa de su festajada, cuando casual y oportunamente la modista mandó avisar á la Sta. A. que su vestido estaba por terminarse y que era necesario le fuera probado.

La jóven no trepidó un solo instante en pedir á O. que la acompañara hasta la casa de la modista, y la viuda, depositando toda su confianza en ambos, no puso obstáculo alguno en esta invitacion.

«Cómo habia de poner obstáculos?—O. podia considerarse ya como de la familia», dice la viuda descargando su conciencia.

Salieron de la casa, fueron á lo de la modista, recojieron el vestido sin terminar y emprendieron el vuelo hácia el nido por tanto tiempo anhelado. Entretanto, la pobre madre esperaba confiada el regreso.

Poco á poco esta confianza fué reemplazada por el sobresalto. Mandó á casa de la modista á ver si allí se encontraban, y la respuesta de la sirvienta puso de relieve ante sus ojos la realidad mas enojosa.

Qué hacer?—Ir á la autoridad á denunciar el deshonor de su hija, le era sumamente doloroso, pero al fin se decidió por este temperamento, para que la Policia procediera á la captura de la hermosa pareja.

Esta se puso inmediatamente en campaña y logró dar con la fugitiva. La madre no ha querido recibirla en su hogar, pidiendo á la autoridad que sea puesta á disposicion del Juez de Menores.

La capturada ha negado redondamente que su cómplice sea el jóven O. y ha mostrado gran entereza para significar que está dispuesta á no sufrir mas tiempo la tiranía del hogar. Se proclama libre é independiente y con suficiente valor para soportar sola y sin ayuda de nadie la lucha por la vida. «Cuande me canse, dice, sé lo que debo hacer.»

\*\*

Tristísimas son las noticias que nos llegan de la provincia de Catamarca. El hambre sigue haciéndose sentir de una manera horrible y la falta de recursos es completa.

El presidente de la comision de Auxilios ha recibido una carta de aquella infortunada Provincia, en la cual se le dice lo siguiente:

«A última hora somos sabedores de que hay familias que se están sosteniendo con cardones traídos de los cerros. Esto parece ser el extremo á que se puede llegar; le comunicamos este incidente para que juzgue y valore la desgracia de estas pobres gentes. A esto hay que agregar que la tristísima actualidad se prolonga. En todo el tiempo trascurrido desde principios de año no ha llovido. No hay cosechas de ningun género, si se exceptúa la viña; no hay haciendas en los campos que no hayan sufrido perdidas de importancia por la falta de pastos y de agua para beber. El aspecto general de la Provincia es triste. La atmósfera esta constantemente sufriendo variantes que producen enfermedades mortíferas. El viento es ya muy frecuente, y anuncia sequía muy prolongada. En Agosto

to lo será mas, y como se sabe, es la época temible por los ataques fulminantes que producen muertes repentinas.

\*\*

Llama bastante la atención la demanda de divorcio que en Filadelfia ha entablado Luisa S. Keyrec, conocida geneneralmente por el nombre de Luisa Montagne, ó la belleza de los 10,000 \$, famosa por haber obtenido el primer premio en un concurso de hermosura. La Vénus de los diez mil de marras basa su demanda en el abandono del pícaro de su marido, *cantaor y bailaor de profesion*, que la dejó á la luna de Valencia, como suele decirse, con un niño de tierna edad.

Si se concede el divorcio, como se cree, cuántos habrá que tratarán de llenar la vacante del errabundo esposo!

\*\*

A la fecha deben estar en viage de regreso á Buenos Aires los conocidos facultativos Dres. Pirovano y Roberts, en compañía del jóven Alzaga.

—Los señores Guillermo Udaondo y Angel Alvear emprendieron viage de Londres para Bélgica, Holanda y Suiza.

—El Dr. Adolfo Mitre ha regresado á Paris.

## CRÓNICA DE LA SEMANA

### UNA ESTROFA Y UNA EQUIVOCACION

En el número anterior de este periódico se publicó una estrofa que *La Tribuna Nacional* reprodujo agregándole al pié el nombre de nuestro Director.

El colega ha incurrido en un error al atribuir esos versos á Gervasio Mendez, como se verá por las siguientes líneas que á pedido del poeta enfermo publicó *La Patria Argentina* del lunes último:

GERVASIO MENDEZ—El «Album del Hogar» publicó en una de las secciones de su último número la siguiente estrofa:

Quando esté en la sepultura,  
Por los gusanos roído,  
Señales habrá en mis huesos  
Que digan: «Yo te he querido».

Ahora bien, como un colega de la mañana ha reproducido ayer dicha estrofa poniendo al pié de ella el nombre de Gervasio Mendez, redactor de aquella publicación, el poeta nos pide que hagamos constar por medio de estas líneas que tal estrofa no le pertenece y que el diario que la ha

reproducido ha padecido un error al atribuírsela.

—

### PENSION

La viuda de Olegario Andrade ha presentado una solicitud en que pide se le acuerde una pension para ella y sus hijos menores, que carecen de los recursos necesarios para satisfacer las necesidades de la vida.

Esperamos que el Congreso, atendiendo esa solicitud como debe hacerlo, ahorrará á nuestra patria el dolor y la vergüenza de ver en la miseria á los hijos del gran escritor que con sus obras ha enriquecido y honrado la literatura argentina.

Andrade vivió con *hambre y sed de justicia*—que sus hijos no mueran por falta de pan!

—

### REGALOS Á UNA ARTISTA

Hé aquí los que se le hicieron á la señora Fermi-Germano, en la noche de su beneficio:

Un anillo de brillantes, el tenor Cardinali.

Una copa de oro y plata cincelada, Miguel Martinez.

Una taza, plato y cuchara de plata dorada cincelada, Jorge E. Rodriguez.

Una cadena y medallon de oro con brillantes, rubies y perlas, Torcuato A. Martinez.

Un *porte bonheur* con perlas, German Elizalde.

Una *bomboniere* de plata cincelada, Ramon Blanco.

Una copa de plata dorada, Sra. Passi.

Un florero alhajero, de oro y plata, Sra. de Ferrari.

Un artístico atril y mesa de cedro, Sra. Scarlatti.

En ramos de flores los siguientes:

Una magnífica mesa, Axel.

Dos grandes ramos, A. Ferrari.

Una espléndida lira, por varios admiradores.

Una bellísima mesa, A. Marechale.

Un gran ramo, L. Martinez.

Un colosal ramo que llevaba en una elegantísima cinta una tarjeta con el nombre de Athos.

Tres magníficos ramos, Julio A. Roca.

Un *bouquet* enorme, Ataliva Roca.

Una bellísima canasta, B. Michele.

Otra de Cardinali.

Una elegante mesa, Bernabé Artayeta Castex.

Una estrella, J. Martinez.

Un artístico ramo representando un cuadro, L. Boché.

Una bandeja de flores sueltas, perfectamente combinadas, Azuos.

—

### DEBUT

Esta noche tiene lugar en el Politeama el de la compañía Tartui.

—

### MARTIN GARCIA MEROU

Este inteligente compatriota ha sido nombrado miembro honorario de la Academia Colombiana.

—

### LA CRUZ DE LA FALTA

Hemos recibido la novela que acaba de aparecer con el título con que encabeza mos estas líneas.

No habiendo tenido aun tiempo de leerla, nos es imposible juzgarla.

La opinion de muchas personas competentes le es favorable, por lo que felicitamos á su autor.

Tan pronto como nos sea posible nos ocuparemos de ella detenidamente.

Por hoy nos limitamos á agradecerla.

—

### HOSPITAL SAN ROQUE

Hoy á la 1 p. m. tiene lugar la inauguración del Hospital San Roque.

Serán padrinos de la ceremonia el Presidente de la República y su esposa.

—

### EL ECO DEL ESTUDIANTE

Con este título ha aparecido un periódico cuya redaccion está á cargo de los inteligentes jóvenes L. G. Agote y C. Beltran.

Le deseamos prosperidad y larga vida.

—

### DE EMILIO ZOLA

En otro lugar publicamos una composición de Emilio Zola traducida por nuestro colaborador Leopoldo Diaz.

Es bella y no conocida de nuestros lectores, por cuya razon recomendamos su lectura.

—

### A DN. PEDRO DACHARY

Le pedimos arregle la cuenta que tiene pendiente con la administracion de este periódico.

—

«El Album del Hogar» lleva hoy los siguientes materiales:

En busca de la muerte, novela de J. U. Tarchetti—Ce que je veux, poesia de Leopoldo Diaz—Gualtiero, por Angel Menchaca—Mis condiciones, poesia de José Echegaray—Los funerales de un pájaro—Revisita de la prensa—Crónica de la semana.

# EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 592

## EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, AGOSTO 19 DE 1883

### VERSOS Y NUEVAS HOJAS

No hace mucho se anunciaba en este mismo semanario la aparición del volumen de poesías que con el título de *Nuevas hojas* acaba de publicar el poeta Enrique E. Rivarola, el joven é inspirado autor de las *Primaverales*.

A ese libro ha seguido de cerca otro de la misma naturaleza y de no menos mérito literario: el segundo tomo de *Versos*, de Alberto Navarro Viola.

Para hacer un elogio de ambas obras nos bastaría la enunciación de los nombres de sus autores, bastante conocidos ya en nuestro pequeño mundo literario; queremos, sin embargo, dedicar algunas líneas sobre el particular, bien que ellas no serán de crítica, para lo que necesitaríamos más tiempo y un exámen detenido de ambas producciones que aún no hemos podido hacer.

Las letras entre nosotros han tenido largos periodos de extraño mutismo. La lira de Andrade apagó sus sonidos para siempre.

Gutierrez y Guido hace tiempo que guardan silencio, por lo que podría temerse hubieran colgado la suya también para siempre. Entre tanto, un grupo de jóvenes inteligentes, tomando la antorcha encendida de mano de los maestros, y continuando las huellas trazadas por estos, han entrado animados en la senda á la vez escabrosa y florida de las letras. Podríamos nombrarlos: Adolfo Mitre, Garcia Mérou y algunos otros.

A esta generación pertenecen Navarro Viola y Rivarola. Ninguno de ellos es desconocido para los que siguen con interés el movimiento intelectual que se opera entre nosotros, presentándose ambos con un nombre merecidamente conquistado en la lid literaria.

Al anunciar, pues, la aparición de las nuevas obras, y sin entrar á enumerar las bellezas que encierran, cumplimos con el de

ber de recomendarlas á los amantes de la buena literatura, enviando á la vez á sus jóvenes autores una ardiente felicitación, é incitándolos á perseverar en la obra comenzada. Ganarán con ello, no solo sus nombres, sino también las letras argentinas.

R.

### EN BUSCA DE LA MUERTE

NOVELA DE J. U. TARCHETTI

Traducida del italiano por Ernesto L. Negri

(Continuación)

Rosen advirtió entonces lo que había hecho; pero era demasiado tarde. Lamperth se le acercó, y le dijo:—¿Qué habéis hecho? ¿vos habéis muerto á un hombre inocente.

—Sí, dijo Rosen, pero será el último; ¿qué queréis? soy un insensato.....salgamos al momento para Francia: juro al cielo que al primer encuentro que tenga en ese país, me dejaré matar como un conejo.

Y al día siguiente se embarcaron para Calais, y tomaron el camino de Paris.

\*\*

Durante el camino, Rosen pensaba con dolor en el triste resultado de aquella primera aventura. El había muerto á un hombre en duelo; este no era literalmente un homicidio, pero este desafío había sido provocado por él, no había disculpa, aquel joven se había visto obligado á batirse, y debía á Rosen su muerte.

Es una apreciación rara é insensata la que nosotros acostumbramos á hacer del homicidio según la manera ó las causas por las cuales ha tenido lugar. No solamente no hacemos de él una causa de humanidad, de principio moral, sino una causa de fama: el mismo acto nos eleva á la gloria, á la fama, ó nos rebaja hasta el crimen más execrable y los castigos más atroces; puede ser heroísmo ó asesinato, tanto en la guerra, como en las contiendas privadas; puede ser valor y honor también en el duelo.

Rosen, durante el camino, volvía con la mente sobre estas ideas, y meditaba con dolor sobre aquella triste aventura de Dover.

—¿Qué me decís vos? preguntó dirigiéndose á Lamperth.

—¿De qué?

—De mi duelo de ayer.

—Malo, muy malo; si tenéis intención de haceros matar, no debéis vos matar á los otros; hay mil modos de morir; os confieso que quedé dolorosamente impresionado por este suceso.

—Tenéis razón, agregó Rosen con aspecto mortificado, no me meteré más en un duelo, hay en nosotros un algo que nos arrastra á defendernos á pesar nuestro; mas, ya que la naturaleza nos ha concedido un solo camino para nacer—como cosa triste que es—y nos ha abierto mil para morir—como cosa mucha más dulce—yo aprovecharé de otro modo estas prodigalidades de la naturaleza. Decidme. ¿Vos creéis que no me será muy difícil morir? ¿Lo esperáis?

—Esperémoslo, dijo Lamperth; si los votos de una persona que os ama puede tener alguna influencia sobre vuestro destino os juro que yo hago votos al cielo para que vuestro deseo sea escuchado.

—Os doy las gracias, contestó Rosen, apretando la mano que su amigo le había alargado sin darse vuelta, para asegurarle mejor la sinceridad de sus votos, os lo agradezco de todo corazón; y pronunció estas palabras casi conmovido y con la más cordial efusión.

Aquella misma noche Rosen y Lamperth llegaron á Amiens. Habiéndose parado Rosen á las puertas de la ciudad para contemplarla, como acostumbra todo buen inglés, vió pegado á la pared un cartel inmenso decorado con algunas figuras de animales en tinta colorada, y leyó en él estas palabras:

• Gran colección de fieras vivientes, del Señor Gustavo Lachard. Dos tigres, cuatro panteras, una gran variedad de monos; un elefante y dos leones africanos. A las ocho de la noche se dará la comida á las

• fieras. Media hora antes el famoso domador Gustavo Lachard entrará á la jaula de los leones. »

Rosen sacó su reloj, eran las siete pasadas; faltaban pocos minutos para la representación. Volvióse á Lamperth, y le dijo, enseñándole aquel aviso:

—Queréis que vayamos á visitar esta colección? puede ser que yo encuentre allí alguna aventura favorable á mis proyectos.

—Vamos, dijo Lamperth, y llegaron en poco tiempo al recinto.

Después que el señor Lachard salió de la jaula de los leones, y el gentío se hubo retirado poco á poco. Rosen dijo a su compañero apretándole la mano:

—Creo, mi querido Lamperth, haber hallado un medio infalible para hacerme matar; permitid que por ahora no diga más; id al hotel del Cíclope, donde dentro de dos horas ó me volvereis á ver vivo, ó recibiréis la noticia de mi muerte. Os recomiendo la carta para mi mujer:

—No temáis nada de mi puntualidad—y se llevó la mano al corazón—siento perderos tan pronto, pero si esto es inevitable . . . Os auguro buena fortuna.

Rosen, apenas se vió solo preguntó por el señor Lachard y llevándolo á un lugar apartado del recinto, le dijo:

—Soy un baton inglés muy aficionado á la lucha y deseo medirme con algun luchador decididamente mas fuerte que yo. Deseo luchar con uno de vuestros leones, pero es menester que esto permanezca en secreto; es necesario que vos me dejéis solo en estas jaulas, y que se crea, por vuestra justificación y la mía, que yo haya entrado sin vuestro consentimiento, y habiendo habierto yo mismo la jaula, como lo haré, haya sido atacado por la fiera. Cuanto cuesta esa fiera? ya os la pagaré dos veces.

—No menos de cinco mil francos, dijo el domador; hablo de Behemet, el mas alto y el mas fuerte; lo he comprado yo mismo en Bourk, hácia la estremidad occidental del desierto; no tiene todavía dos años cumplidos y no le falta un solo pelo. Pero entendámonos, yo no debo saber nada de esto; yo me retiraré de las jaulas como lo hago todas las noches, y vos sereis un imprudente que habrá entrado sin mi permiso; si lograis matar al leon, el asunto permanecerá entre nosotros y no tendrá ninguna consecuencia.

Rosen le pagó los diez mil francos, y como la noche ya estaba bastante avanzada, el domador licenció á su guardian y dejó á Rosen en el recinto, del cual medio cerró apenas la puerta, diciéndole:

—Deseo que salgais bien, pero tengo miedo que Behemet sabrá estiraros las costuras.

Apenas habia quedado solo, Rosen advirtió que se hallaba poseido por un terror indecible, y hubo un instante en que tuvo ganas de renunciar á esa clase de muerte y de ir á juntarse con Lamperth en el hotel del Cíclope, para concertar con él sobre algun otro medio de destruccion menos inhumano. Mas era demasiado tarde. Y por otra parte, ya que era menester morir, era conveniente aceptar aquel medio como mas pronto, mas seguro y que no habria dejado concebir sospecha alguna sobre la naturalidad de su fin. Quién sabe! Quizás el morir entre los colmillos de un leon podia ser mas dulce y mas rápido que el morir de una herida ó de veneno, ó de cualquier otra causa; indudablemente, era una muerte mas natural y mas osada.

Animado por este raciocinio, Rosen se acercó á la jaula, y levantó los tres barrotes de fierro que formaban la puerta. Paralizado por el miedo, con las manos apoyadas en la orilla de la reja, en actitud de víctima resignada, esperaba que Behemet saliese.

El leon después de haberse estirado dos veces y bostezado largamente, encorvando la lengua como animal que sabe puede tomarse todas las comodidades, se asomó á la puerta, miró con aire de indiferencia al baron de Rosen, el cual, á pesar suyo, estaba aterrado; y bajando al espacio reservado para los espectadores, empezó á pasearse ajitando la cola, y lanzando un ahullido particular prolongado y sumiso de satisfacción y de alegría.

Cuando Rosen vió que Behemet no se cuidaba de él, habiendo recobrado su valor en ese intervalo, bajó y atacó osadamente al leon, castigándolo con su látigo. A esa provocacion Behemet, como animal obediente que habia sido, se retiró precipitadamente á su jaula; Rosen lo persiguió, y habiéndose armado de una barra de fierro puntiaguda, lo castigaba con aquella para que saliese. El leon arrinconado en su jaula, aullaba y abría horriblemente la boca sin moverse. Rosen hervia de impaciencia y de ira.

(Olvidando que se hallaba con un leon:

—Salid, le gritaba, salid de esta jaula, miserable. Mas todo era inútil. Behemet no comprendia este language provocador, y permanecia muy tranquilo.

Desesperando poderse medir con él, Rosen resolvió entrar á la jaula de las pante-ras, pero vió que Lachard á escepcion de

aquella, habia asegurado todas las puertas con dos vueltas de llave.

—Ah! Lachard, asesino, exclamaba Rosen ciego de ira, él sabia que este era un conejo, y me ha estafado diez mil francos sin dejarme la compensacion de un rasguño, pero nos arreglaremos entre los dos mañana.

Y lanzando una mirada de desprecio á la jaula de Behemet, salió de la casa de fieras y corrió directamente al hotel del Cíclope.

\* \* \*

Lamperth que se hallaba ocupado con la lectura de algunos papeles desparramados sobre la mesu, sobre la cual se advertian los restos de su cena, se mostró muy admirado de la vuelta de Rosen, el cual se hallaba tan ciego de ira, que apenas pudo hacerle relacion de su nueva desgracia.

—Qué pido yo? Qué quiero? Qué espero? Morir, ahí está todo; la cosa mas sencilla, mas fácil, mas natural del mundo, decia Rosen al concluir su relacion, y sin embargo, aquí me teneis condenado por una desesperante fatalidad á sobrevivir á todos mis esfuerzos, á todos los peligros que arrostró para impedirlo. Ah! os juro que yo arrostraria en este momento cualquier peligro, aprovecharia cualquier circunstancia para salir de este estado.

—Sosegaos le contestaba Lamperth, nunca os faltarán las ocasiones, es menester tener fé; mientras tanto pedid vuestra cena; el estómago tiene sus exigencias, y creo que vos debéis tener apetito.

—Es cierto, dijo Rosen, cenaré; el hombre es el sirviente del estómago; ó para decir mejor, el hombre es un estómago: creen esta la definicion menos inexacta entre las muchas que se han dado sobre este animal. Pidió una costilla de carnero con papas.

Todavía Rosen no habia probado su costilla, cuando un recien llegado entró á la sala y fué á sentarse frente á él, á la misma mesa.

Rosen no perdía un solo movimiento de su comensal y deseaba que la punta de una de sus botas fuese á tocar una de sus canillas, para tener pretesto para reñir, cuando el otro metió la nariz casi en su plato y enseñándolo con el dedo al camarero dijo:—traigame un plato igual á ese . . . es una costilla de carnero en salsa dulce.

—Vos mentis, señor, dijo Rosen, levantándose un poco sobre la silla, esta costilla es en salsa picante.

—Por Dios, exclamó el otro, lleno de estupor, vos os interesais mucho por el sabor

de vuestra costilla y haceis de eso una cuestion de honor. Sois inglés?

—De Londres.

—Y pensais cruzar la Francia?

—Precisamente.

—Dudo que podais llegar al término de vuestro viaje sin hallar alguien que . . .

—Qué cosa?

—Que sepa peinaros como es debido. No habeis estado nunca en Gascoña?

—Oh! vos sois Gascon?

—Precisamente.

—Es una provincia que respecto de baladronadas riene unas tradiciones grandiosas; espero que sabreis hacerme conocer toda la estension del peligro que yo habria arrosado si os hubiera insultado en vuestro país.

—Vos sois un loco, ó un imbécil, dijo el otro que era sangre pura de Gascon; venid un momento aquí, detrás del recinto de la casa y nos cortaremos dos dedos de hígado.

—Estoy á vuestra disposicion, contestó Rosen, y se despidió de Lamperth que le decia al oido:—sed juicioso, conteneos como hombre honrado, dejaos matar, pensad en vuestra esposa, pensad que ese hombre ha sido provocado por vos, y que la suerte no os regalará todos los dias tan magníficas ocasiones.

(Continuad.)

## EL HOGAR PATERNO

A RAFAEL OBLIGADO

Tierno jilguero que amoroso trinas  
Entre las ramas del sauzal floroso  
Que borda las riberas argentinas  
Zuhumadas en aromas y azahares;  
Abeja de los poéticos verjeles  
Que entre las flores de los patrios lares  
Vas de tus versos á beber las mieles;  
Zorzal de los tiernísimos cantares;  
Siempre que el eco de la clara onda  
Del Paraná querido  
Ha venido á volcar entre la fronda  
Que con la sombra del olvido vela  
De esta ave oscura el ignorado nido,  
La nota de tu grata cantinelo;  
Absorta mi cantar he suspendido  
Y á cada nota de tu dulce acento  
Vibraban tiernamente  
Las cuerdas del dormido sentimiento:  
De tu harpa sonora la armonía  
Fué para mi alma siempre

La nota de una voz que conocia,  
La tierna confidencia de una hermana,  
La queja de una amiga cariñosa  
Que nos halla amorosa  
Tras el martirio de la ausencia insana.  
Mi corazón sediento  
Apagaba en tus cantos celestiales  
Su fiebre de ternuras inmortales,  
Y al entornar los ojos  
En la dulce embriaguez de tu poesia,  
Mi oscura estancia trasformarse via  
En un verjel de mi encantada tierra:  
Viendo en raro conjunto  
Cuanto tu estrofa de sublime encierra,  
Y gozando en ensueños seductores  
De albas flores del aire y aureo aroma,  
De fresca de ceibos y zauzales,  
De rica esencia de nativas flores,  
De suaves trinos de torcaz patoma,  
De trinos de jilgueros y zorzales!  
Tal siempre fué,—tiernísimo poeta,  
Para mí, tu poesia:  
Siempre ajitó mi fibra mas secreta;  
Pero ninguna conmovió mi calma  
Como aquel canto arrobador y tierno  
En que al recuerdo del hogar paterno  
En ondas de fulgor volcaste el alma!  
Un día, siempre con ahan profundo  
De aromas y de luz el sentimiento,  
Yo hojeaba un libro de las dos fecundo.  
Como fruta postrer que inaccesible  
A la mano del hombre codicioso,  
Ha quedado en el árbol cuya copa  
Domina el huerto umbroso,  
Y, al fin, del sol por el calor madura,  
La halla, y se goza el labio  
Gozando su sabor y su frescura;  
Así, del libro en las postreras hojas,  
Encontré tu cantar, mas dulce y tierno  
Que de torcaz amante las congojas,  
Así gustó mi labio su dulzura.  
El vive desde entonces en mi memoria,  
Y á menudo su página rutila  
Su luz en mi pupila:  
Está ahora mismo á la mirada abierta  
Mientras caen al papel las impresiones  
Que su encanto en mi espíritu despierta.  
Es el hogar paterno—A mis hermanos  
Angélico concierto  
De infantiles arrollos virjinales,  
Auras primaverales,  
Ráfagas suaves de perfume incierto,  
Gorgeos de boyeros y zorzales!  
Reflejos pudorosos de aquel cielo,  
Giron del paraíso caído al suelo,  
La infancia, isla encantada  
Del mundo cruel sobre la mar airada.  
¡Con qué sublime suavidad tu génio  
Del recuerdo á la luz, con los colores

De tu poético estilo,  
Ha trazado seráfico, tranquilo,  
El cuadro de tus plácidos albores!  
Esas islas amadas, dulce asilo  
De tu primera edad, los viejos tulas  
Do á cantar aprendiste del boyero  
A quien robastes á la vez las alas  
Con que la gloria escalas altanero;  
Aquel cisne posado en las riberas  
Del ancho Paraná, tu hogar paterno,  
Los vastos corredores,  
Los viejos paraísos en hileras,  
Esas barrancas que al canal avanzan,  
En donde relan los gloriosos muertos  
Los brazos de la cruz que al cielo se alzan,  
El molle y el chañar, el fresco arroyo,  
El campo de continos siempre inciertos.  
Todo eso, tierno poeta,  
Brotó en tu hermoso hogar, entre torrentes  
De luz é inspiracion, de tu paleta.  
Se mira el sol en el lejano oriente  
Risueño desputar, se escucha el ruido  
Del beso de la madre y la plegaria  
Desde el labio del párvulo inocente,  
Y el rumor de la planta juguetona. . . .  
El pio acento maternal que abona  
Por el amante nido  
Que oculta la amorosa pasionaria,  
Se ve al niño inocente  
Olvidar la advertencia compasiva,  
Y, del daño inconsciente,  
Destruir el nido de labor paciente  
La familia llevándose cautiva.  
Se oye del ave presa el ateteo,—  
De la hueste infantil la alegre risa,  
Y vense entre el confuso clamoreo  
Chispear miradas y brillar sonrisas!  
Después, al rayo de la tarde vaga  
Se mira la barquilla  
Sobre la onda donde el sol se apaga.  
Los juncales rozando de la orilla.  
Se miran las doncellas  
Ora jugando con las aguas, ora  
Robando al camalote flores bellas,  
Ora hundiendo la caña pescadora,  
Riendo y cuchicheando todas ellas!  
Y sobre el mirador, allá á lo lejos,  
Dominando aquel cuadro de ternura,  
Bañado por los últimos reflejos,  
La madre—su alma pura  
Velando con las alas desplegadas  
Aquellas prendas de su ser formadas!

¡Oh! vosotras, vosotras  
Los que, cual yo, la aurora de la vida  
Visteis lucir bajo el paterno techo,  
Al lado de una madre bendecida,  
De la hermana adorada junto al lecho;  
Los que, cual yo, pasasteis,

En la pura extension de la campiña,  
 Los sueños sin dolor del alma niña;  
 Que con caros hermanos  
 Jugastéis en los anchos corredores  
 De la paterna estancia,  
 O bajo los paraisos, de sus flores  
 Ahogados por la célica fragancia.  
 De la luna á los tibios resplandores;  
 Que asaltasteis los ridos encantados  
 Para robar los huevos  
 O los tiernos polluelos coliciados;  
 Los que aprendisteis matinal plegaria  
 Del labio maternal entre caricias  
 De májicas delicias;  
 Los que, por fin, tuvisteis  
 Hogar paterno, venturoso nido,  
 Do á la virtud el corazon abristeis  
 Entre besos, cantares, luz y ruido;  
 Los que, lanzados desde allí en el mundo,  
 No borrasteis del alma  
 La dulce imágen de esa edad de calma,  
 Y siempre habeis ese giron de cielo  
 Abierto á la mirada  
 Como pájina eterna de consuelo;  
 Enviad conmigo al poeta,  
 Apóstol del recuerdo de los lares,  
 Al zorzal de los plácidos cantares,  
 Desde el fondo del alma  
 El aplauso inmortal del sentimiento,  
 Y rogadle que siga  
 Las fibras embriagando  
 Con el arrullo de su voz amiga;  
 Que evoque con la magia de sus cantos  
 De la niñez los goces sacrosantos,  
 Dándonos por ejemplo sus purezas;  
 Que mientras otro mas avaro vaya  
 A buscar con su lira las riquezas  
 De otra edad y otra playa,  
 El, cantando los goces de la estancia,  
 Nos pinte con los tintes del consuelo  
 Los cuadros encantados de la infancia,  
 Bajo ramas de ceibos y sauzales,  
 A la luz de los cielos,  
 Entre trinos de plácidos zorzales!

CELESTINA FUNES.

## LAS CRIADAS

### I

Don Canuto tomó un pliego de papel, mojó la pluma en el tintero, se rascó la punta e la nariz, meditó mas de media hora, y al no dijo:

—Decididamente no estoy de vena... me falta inspiracion para redactar este aviso.

—¿Ni que se tratara de un artículo litera-

rio! dijo su señora con enojo. ¡Jesús! ¡qué hombre tan inútil!

—¡Qué quieres! la sola idea de que voy á escribir para el público, me acobarda...

—True la pluma.

—¡Qué! ¿vas á redactar tú ese aviso? ¡Cáspita! ¡si saldremos ahora con que estoy casado nada menos que con una literata!...

—Eres un babioca.

—¡A ver cómo te luces!

La esposa de don Canuto, que es una mujer chiquita, y viva como la pólvora, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«*Sirvienta*—Se necesita *huna* en la calle de... número.»

—Ya está, dijo tirando la pluma.

—¿Ya? ¡diablo! ¡qué facilidad! Pero... me parece que *una* no se escribe con *h*.

—¿Qué sabes tú? la *h* es el *cero* de las letras; colocada á la izquierda, rara vez altera el sentido de una palabra.

Don Canuto se quedó con la boca abierta, y convino en que su mujer era muy entendida en ortografía, aun que escribía *una* con *h*.

—Es necesario que hagas insertar ese aviso, dijo su mujer.

—Ahora mismo voy á hablar con el director de ese diario á que estoy suscrito, que es amigo mio, y...

—¿Pero estás loco? con que veas al administrador, basta. ¿Ta has figurado que se trata de algun trabajo literario?

### II

Don Canuto tomó el aviso, púsose el sombrero, bajó las escaleras de su casa con una ligereza impropia de sus años, y salió á la calle.

A los pocos pasos topó de manos á boca con un amigo suyo.

—¡Caballero! dijo éste, tendiéndole los brazos.

—¿Sigue usted bueno? exclamó don Canuto.

—Bien, gracias... pero parece que está usted muy alegre.

—¿Se me conoce, eh? ¡Ya lo creo! Hombre, figúrese usted que he descubierto en mi mujer grandes disposiciones para cultivar con éxito la literatura.

—¡Hola! ¿y cuál es su género predilecto?

—Vea usted el diario de mañana, contestó don Canuto, que no habia comprendido bien la pregunta de su amigo.

—Le felicito á Vd. cordialmente, amigo mio.

—Gracias... Mi mujer le dará dias de gloria á mi familia; maneja la pluma admi-

rablemente, y conoce la ortografía mejor que cualquier maestro de escuela.

### III

Media hora despues estaba al lado de su esposa.

—¿Saldrá el aviso? preguntó esta.

—Saldrá, sí, pero no en la seccion de fondo... no ha sido posible. ¡Estoy dado á Satanás!

Doña Mariana, que así se llamaba la mujer de D. Canuto, miró á éste con burlesca sonrisa, y exclamó:

—Supongo que ya habrás dado parte á alguno de tus amigos de que me dedico al cultivo de las *letras*...

—¡Es claro! Si tú eres modesta, yo no tengo por qué ocultar tus méritos, que la gloria de tu nombre es mi propia gloria, y bueno es salir de la oscuridad. Lo que siento es que no hayas firmado el aviso.

### IV

A las seis de la mañana siguiente llamaron á la puerta de la casa de D. Canuto.

Era una jóven pálida y de no vulgares facciones; vestía con cierta elegancia y tenia un talle voluptuoso y flexible.

Don Canuto se deshizo en cortesías, la invitó á pasar adelante, le ofreció una silla y le dijo:

—Señorita, ¿puedo saber á qué debo el alto honor de...?

—He leído en el diario un aviso, y...

—¿Y viene usted á felicitar á mi mujer, no es cierto? exclamó don Canuto, añadiendo para sí: esta jóven debe ser poetisa, ¡de fijo! Puede que el aviso esté en verso.

—No señor, contestó la supuesta Safo; estoy sin colocacion, y vengo á ver...

Don Canuto abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Cómo! exclamó con asombro, ¿es usted *sirvienta*?

—Me veo reducida á esa triste condicion, caballero; cómo el amargo pan de la servidumbre, aunque nací en mas elevada esfera... Reveses de fortuna me han arrojado del sitio que en la sociedad me corresponde.

Don Canuto se quedó pensativo.

—¡Quién sabe! dijo para sí, meneando la cabeza; tal vez esta jóven trata de seducirme y se finge *sirvienta*... ¡Demonio! ¡las mujeres son tan atrevidas! y lo que es esta no es maleja; tiene unas ojeras deliciosas... ¡decididamente me gusta!

—Mis *papás*, continuó la jóven, se murieron hace mucho tiempo.

—¡Infeliz! ¿y quedó Vd. abandonada y sola?

—Quedé en compañía de un primo... El pobre me quería mucho... ¡como un hermano!

—¿Y se murió también su primo de Vd.?

—No, señor... ¡ojalá hubiese muerto! ¡Infame se escapó con una vieja millonaria.

—¡Desgraciado! ¿y se moriria usted de pena?

—¡Considere usted, caballero!...

—Pues bien, en mí encontrará otro primo, señorita...

Un feroz pellisco, aplicado por su mujer, le apareció de súbito, no le dejó terminar a frase.

La joven se levantó y saludó á doña Mariana.

—¿Qué desea usted? le preguntó esta, con vinagrado gesto.

—He leído el aviso que han publicado ustedes y...

—Ha llegado usted tarde; ya tengo sirvienta.

Don Canuto miró con asombro su mujer.

La joven saludó friamente y se marchó.

—¡Es usted un pillo! dijo doña Mariana á su esposo, cuando se hallaron solos.

—¡Calle! ¿estás enojada? exclamó don Canuto, algo turbado; te juro que...

—¿Me dirás qué significan las palabras que oí? ¡esto es escandaloso! esa mujer debe morir tu...

—¡Pero Mariana!

—¡Quita, hipócrita!

—¡Si yo no la conozco! ¡Ni siquiera he reparado en sus deliciosas ojeras!

—A tus años, ¿no te dá vergüenza?

—¿Qué? ¿no haber reparado en sus ojeras?

—Ya te he dicho que no quiero sirvientas jóvenes.

—¡Pero eso es una barbaridad, mujer!

—Cuanto mas viejas y feas mejor.

—¿Quieres usar á nuestras relaciones? ¡te parece que una sirvienta joven y bonita conviene... á cualquiera.

## V

En esto llamaron á la puerta.

Era otra sirvienta cesante.

De talla gigantesca, su aspecto imponia; su voz era rouca y sus maneras desenvueltas.

—¿Es aquí donde se necesita una sirvienta? dijo, sentándose en una silla con inaudito descaro.

—En el sofá estará usted mas cómodamente, exclamó don Canuto, que no las tenia todas consigo, en presencia de aquel titán... de la cocina.

—¿Y á usted qué le importa? contestó la bigotuda Maritornes; ¿quién es este mequetrefe?

—Es mi marido.

—Tiene usted un marido bastante feo.

—¡FEO! exclamó don Canuto, casi llorando; me parece que no es usted ninguna Venus.

—No conozco á esa señora... ¿es alguna vecina?

—Sí, vive en el Olimpo, dijo doña Mariana con aplomo.

—¿Algun salon de baile? yo no voy á los bailes; prefiero la soledad.

—¿Es usted misántropa?

—¿Qué si voy á la *misa de la tropa*? en mi país iba, pero aquí nó. ¿Cuántos son ustedes de familia?

—Los presentes.

—¿Hay mucho trabajo en esta casa?

—El necesario para no estar ociosa.

—No me conviene; el descanso es necesario á la salud.

—¿Quiere usted que le pague para que salga á tomar el fresco?

—Yo tengo un novio... Un *presonaje*.

—¿Político?

—*Melitar*.

—¡Ah, vamos! ¿algun general?

—No, no es más que sargento.

—¡Vaya una ganga!

—Yo tengo la costumbre de salir á pasear todas las tardes con él.

—Costumbre higiénica, por cierto, pero que no me conviene.

—Haré el sacrificio de renunciar á mis paseos, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Ustedes me permitirán que reciba en la cocina á mi novio.

—Pero, ¿cree usted que mi cocina es un cuartel?

—Entonces no me quedo.

—Vaya usted muy noramala.

—Los advierto á ustedes que pierden una verdadera alhaja; soy habilísima en el arte culinario... como se dice ahora. Sé hacer unos pasteles que dicen comedme.

—Nos pasaremos sin sus pasteles de usted.

—A la orden.

Y la Maritornes saludó militarmente á nuestro matrimonio, y se marchó contentándose.

## VI

Y apareció otra.

De aspecto humilde, cuando dirigía la palabra á don Canuto, bajaba los ojos y se ruborizaba.

—A mí no me gustan los bailes, dijo á doña Mariana, porque en ellos el diablo anda suelto, y como una es flaca...

—¿Y los paseos, le gustan á usted?

—Tampoco, señora, porque en ellos abundan mucho los hombres, ¡y como los hombres son tan atrevidos!...

—¡Qué! ¿no le gustan á usted los hombres?

—¡Ave María Purísima! los hombres son la causa de la perdicion de las mujeres.

—Entonces... ¿dónde vá usted?

—A la iglesia, á rezar... La oracion purifica el alma.

En esto apareció otra sirvienta, y ver á la beata y lanzarse sobre ella, fué obra de un segundo.

—¡Por fin te encuentro, bribona, exclamó, y voy á sacarte los ojos!

—¡Señoras! dijo don Canuto, pretendiendo separar á aquellas dos honorables Maritornes; pero el desgraciado recibió en las narices tal puñetazo, que le hizo ver las estrellas.

—¡Eh, que mis narices son neutrales! exclamó nuestro hombre.

—¿Quién le dá á usted vela en este entierro? gritó furiosa la terrible sirvienta.

En tanto la beata pedia socorro.

Doña Mariana consiguió por fin que terminara aquella desagradable escena.

—Dispensad usted, señora, dijo la sirvienta, pero esta pícara engañó á un hermano mio, que por culpa de ella se levantó la tapa de los sesos, de cuyas resultas murió. ¿Saben ustedes lo que habia hecho esta perdida? ¡escaparse con un cura, despues de haber embaucado á mi pobre hermano!

—¿Pues no decia usted que temia á los hombres, porque eran la perdicion de las mujeres? dijo don Canuto á la hipócrita beata, limpiándose las narices con el pañuelo.

La interrogada calló, abochornada y confusa.

—Señoras, dijo entonces doña Mariana; no quiero en mi casa ni mujeres beatas, ni cocineras batalladoras; así es que ya pueden ustedes tomar la puerta.

## VII

Como diez ó doce sirvientas más se presentaron en casa de don Canuto, pero la que no tenia un defecto, adolecia de otro, lo que

hizo que doña Mariana no se decidiera por ninguna de ellas.

—Voy á cocinar yo misma, dijo por fin, cansada, á su marido; creo que es el mejor partido que puedo tomar.

—Sí, pero el aviso saldrá tres días, observó don Canuto, que temia que se repitiesen las escenas anteriores, en una de las cuales habia quedado con las narices rotas.

—Anda y dí que quite el aviso.

—Se me ocurre una idea mejor.

—¿Cuál?

Don Canuto tomó la pluma, y, como estaba en aquel momento inspirado, escribió el siguiente aviso que, á no ser por su mujer, habria publicado:

*Al público:*—En la calle . . . número . . . no se necesita ninguna sirvienta.

CASIMIRO PRIETO.

#### CORTES Y RECORTES

Ayer ha venido ya á despertarme con su canto *chui-chui* el primer churrinche de la primavera; oh! con qué inmenso cariño he escuchado aquella nota dulcísima que dice á mi corazón *chui-chui-chui!*

A su canto lanzado á mi lado, aleteando sobre los macizos de pensamientos, escarbando la tierrita húmeda del rocío de la mañana, me he sentido como penetrada de una onda de vida, de frescura, como si aquel cantito inocente llenara de alegría, de bien estar mi naturaleza entristecida con los hielos y los espesos brumales del invierno . . .

Qué me dices? qué me traes? de á donde vienes? te envía algún ser amigo, ó eres tú sola, avecita compasiva, que retornas y como en el pasado me buscas para darme la alegría de tu canto lleno de los recuerdos de pasadas primaveras? Ah! no te vayas, canta ahí, siempre ahí, como cantabas allá, sobre las albahacas del balcon . . . pica, pica, el resedá y los pensamientos y lleva en el piquito un recuerdo de mi jardín . . .

El canto de este pajarito que vuela entre la luz esplendorosa del más hermoso día de Agosto como una joya engarzada en rayos de sol, me ha traído no solo la alegría, no sé qué extraña alegría, sino también la inspiración.

Veo más transparencia en el espacio iluminado, más verdor en los prados naturales del campo que brilla como una esmeralda. No es solo el churrinche, todos los pájaros trinan, sobre las ramas que quieren florecer,

con temblores de alas y rumores de picos enteramente primaverales . . .

Yo también, ante el cuadro risueño bañado de luz y de alegrías inocentes quiero reírme, volver á ser tijerita, churlar con los lectores de EL ALBUM.

¿Podré ser la misma? Por lo menos os seré fiel.

Voy á intentar un afilé á las puntas amohosadas de mis tijeras y después conversaremos.

Maldita piedra! casi he roto mi arma, está tan vieja, tan olvidada! Oh! el uso, el uso, esa es la causa de estar á pique de perder mi querida tijera que tantos cortes ha dado en *trapo ugen!*

Pero nó, ya se afila, corta, veamos; des-pacio, no te vayas á inutilizar, tijera mía.

Primer corte:

Qué fecundidad de ingenios! oh! estoy yo, pobre lugareña, azorada de la fecundidad de mis compatriotas.

Todos los días amanecemos con un libro nuevo ¡qué libros! santo Dios bueno!

Todos, sabrán Vdes., queridas lectoras amigas y enemigas, han llegado á mí de la manera más cómoda del mundo; crearán Vdes. que me los han mandado sus autores? no señoras yo no tengo relación con ningún autor; esto tiene sus ventajas como todas las cosas; si ellos, todos ellos, tantos como son los del 83, (engorde para el *dichoso* *anuario, según cierta Revista Madrileña*) me enviaran sus libros, oh! Dios mío! cuando yo dé á luz mi libro magistral de Historiografía antipatriótica, tendría que hacer para ellos todos una edición, una 1ª edición.

Esto no me conviene; lo que he hecho, es leerlos de ojito. Oh! mi amigo Juan José es un insigne comprador de libros, figúrense Vdes. que hasta la defensa del héroe patibulario la ha comprado cuando valía ochenta pesos . . .

Causa de andar con ese libro cerca de la cruzía le pasó un mal suceso; tal vez alguna alma en pena, levantada del antiguo campamento . . . olió el libro que llevaba Silva, y ¡pum! el caballo se asastó y lo arrojó al suelo; dicen que la *ánima* dijo huyendo del libro fatal: que el caballo le sea leve . . .

¡Si será sierto! Traslado al Dr. del Castillo.

Pues como decía á Vds., he leído todos esos libracos de *ojito* y lo que es más grave, ahora me propongo leer otro, el más fresco (en tiempo) muy recomendado por las tapas y la impresión de alta novedad, ya se vé, el autor es hombre que entiende eso de la *bucna* *condicion*, puede tanto en el ánimo de

ciertos lectores, ooh! los versos, los versos no valen nada comparados con la impresión, es riquísima, estupenda, digna del autor, cómo no! hombre de gusto . . . literario, pero y los versos? ya lo abro, lo ojeo, qué hay por acá? Nunca, rimado con: columna trunca . . .

Já, já, já, me hace gracia esto de trunca, ¡después, la impresión japonesa, vamos, este *tomito* debe ser un presente chino, si lo leeré de ojito! . . .

Oh! el *Anuario* de este año será curioso, traerá juicios hechos por el mismo autor del libro . . . riquísimo, ¿qué dirá la Revista de Madrid? la buscaré; me prometo un buen rato, como con aquella célebre revista . . .

La producción de tantos libros tiene su lado bueno, los Recuerdos de Semana! oh! Balbin, cuántas maldiciones sobre tu génio ático, severo y cuántos deseos de esterminio para tu pluma picante y graciosa!

\* \* \*

¿Quiere que les cuente una ocurrencia? Pues bien, días pasados, cuando las papas quemaban en el Congreso sobre la cuestión clerical, después de escribir un fogoso artículo para «La Union» un católico de *campañillas*, entró á la *Rotiserie* y sentándose á la mesa! mozo: gritó, traigamé Vd. un beef con *liberales* y un ministro al vino jerez.

—Eso es serio, dijo el mozo, no se puede preparar al Ministro, pero en cambio ofreceré al señor un católico *saltado* . . . . Tableau.

\* \* \*

Los variolosos van siendo escasos, en cambio otras enfermedades se desarrollan con la mayor rapidez.

Hay casos raros; conozco uno en tratamiento que ha sido clasificado como un fenómeno en la quincena pasada; me refiero al señor Torcelli, que según diagnóstico ha contraído una *cotórritis* al corazón incurable . . .

¡Pobres musas! estarán de duelo! las *cotórritis* suelen ser funestas.

\* \* \*

Conocen Vdes, lectores amables, «El Hogar Paterno» del poeta más sin lágrimas que he leído? no? pues yo sí, y lo que es más y mejor para él, conozco y poseo la brillante inspiración de la bella poetisa rosarina dedicada al autor de «El hogar paterno».

Es una de las más bellas páginas de mi Celeste, como la llamo yo á esa niña querida;—su alma entera esta derramada allí sobre cada estrofa, oid esta:

Esas islas amadas, dulce asilo  
De tu primera edad, los viejos talas  
Do á cantar aprendiste del boyero  
A quien robastes á la vez las alas  
Con que la gloria escalas altanero;  
Aquel cisne posado en las riberas  
Del ancho Paraná, tu hogar paterno,  
Los bellos corredores,  
Los viejos paraísos en hileras,  
Esas barrancas que al canal avanzan,  
En donde velan los gloriosos muertos  
Los brazos de la cruz que al cielo se alzan,  
El molle y el chañar, el fresco arroyo,  
El campo de confines siempre inciertos...  
Todo eso, tierno poeta,  
Brotó en tu hermoso hogar entre torrentes  
De luz, de inspiración, de tu paleta!

Esta bella composición, es todo un fragmento de poema, un canto de aliento donde hay versos de alto vuelo y mérito original.

Para concluir, ahí va una adivinanza recitada desde la *rotonda* de mi jardín y la que nadie ha podido hasta hoy adivinar. Es compuesta de dos sílabas binarias.

Al derecho la usan las mugeres, y al revés llevan todos los animales.

Al que la adivine le ofrezco un premio (normalmente); una violeta correntina de gran mérito, de las que solo se cultivan en los parques de la Escuela de Artes y Oficios de San Martín.

Oh! mi amigo F. es un gran botánico... Gordon, Alfredo, no había querido descubrirlo, pero la violeta no debe vivir oculta... sino traslade á *Hermes*.

Por hoy basta. Tijerita se despide como el pasado, del inolvidable Anastasio, la par Luciernaga y del antiguo *Follelinis*: prometiéndoles conversar con ellos cuando estén en el nudo.

Au revoir.

TIJERITA.

## REVISTA DE MODAS

Paris, Julio 15 de 1883.

Las telas de esta Primavera son sumamente lindas: sedas cambiantes, lisas y glaucas, de dos matices, ó bien fondo liso con flores estampadas color de rosa, azules ó verdes; gasas, enrejados, granadinas de seda de colores muy calados, sobre los cuales se imprimen unas flores ó otros dibujos de terciopelo, tréboles ó ramos brochados de seda de

color. En un grado inferior de elegancia, vienen los velos lijeros, claros ó oscuros, sobre todo oscuros, como granate, marino, musgo, brochados asimismo de flores del campo, de frutas doradas y dibujos caprichosos.

Los cañamazos color de pan tostado, bajo, gris claro, se bordan de seda tono sobre tono, color de oro antiguo, núa y demás colores suaves y discretos. Estos velos se disponen sobre un fondo de seda. El bajo se compone todo de volantes bordados sobre batista blanca ó morena, ó de paños bordados, puestos en forma de delantal sobre un viso de seda color cereza, azul ó verde. Se añaden al vestido unos lazos grandes flotantes de terciopelo ó de raso y faya de diferentes colores, pero que armonicen con el conjunto del traje. Con un vestido de color rosa y coral, los lazos serán de color musgo ó granate, y si aquel es granate, los lazos de un azul zafiro le darán un sello particular, sin que por esto sean discordantes.

El crespon de la China liso y estampado de flores Pompadour y los crespones de todo género, componen unos trages caros, pero de una elegancia extraordinaria. Se le mezcla con raso maravilloso ó gasa de terciopelo, y se le adorna con encajes color marfil ó blanco mate y lazos de terciopelo. Estos lazos se ponen en los costados, un poco hacia atrás, caen sobre las caderas y se confunden con la cola ó con los paños de detrás del vestido. Van dispuestos unas veces en bucles largos y doblados, y otras reunidos en cocas cortas formando una especie de dalias grandes. Estos últimos se ponen en el bajo de las faldas, para fijar las bandas de encaje ó de velo.

El fular estampado de muñecos, de pastillas grandes y otros dibujos variados y singulares sobre fondo claro ó oscuro, componen también unos vestidos muy frescos, que van adornados con tiras de terciopelo en el bajo de los tableados, de las túnicas y de las aldetas.

El talle de los vestidos se acorta cada día más, sobre todo para los vestidos de lienzo ó de batista; se frunce lo alto de la falda ó los pañeros y se les cose en la cintura, como antiguamente. Las mangas con un grueso abullonado, que sube por encima del hombro, están lejos de generalizarse: son tan poco airosas, que la mayor parte de las damas se niegan á dejárselas imponer por modistas de poco gusto.

Todo lo más, se permiten algunos fruncidos en el hombro.

Los vestidos de baile mas lindos que se

hacen en la estación actual para señoritas, llevan una falda de tul blanco ó de color de lila, rosa, fresa ó azul, compuesta de seis ó ocho volantes escalonados, fruncidos ó plegados, en el bajo de los cuales se pone una cinta de raso del mismo color. Cuando se gira, al bailar, todos estos volantes revolotean y envuelven la persona como vaporosa nube. El corpiño suele ser de tul fruncido á la virgen ó de raso del color del tul de la falda. Estos trages son sencillos, de buen gusto y de un efecto delicioso.

Un ramo de amapolas, de eglantina, de margaritas, de miosotis ó de lilas blancas componen este traje, que sienta sobre todo á las que poseen diez y ocho ó veinte primaveras.

No hay nada mas caprichoso ni variado que los peinados actuales: el nudo de cabellos apretado á la inglesa no se lleva apenas hoy; en su lugar, se recoge todo el cabello en un torzal flojo, con el cual se forma un lazo en la coronilla; pero en los bailes, las señoritas que empiezan á vestirse de largo dejan flotar los cabellos, y se adornan con una guirnalda de flores del campo, ó florecillas sumamente sencillas. Pero ya se comprenderá que para llevar un peinado semejante hay que tener un buen pelo, ligero y brillante; es una moda que favorece principalmente á las rubias. El peinado Luis quince, muy levantado, pero no muy voluminoso, se lleva asimismo cuando sienta bien á la persona, en cuyo caso se pone un ramito de flores ó una rosácea de cinta en un lado.

Señalaré una preciosa novedad para guardar los sombreros de niños: consiste en unos pañolitos de seda de color claro ó oscuro, y cuya cenefa, festoneada y bordada de colores varios, representa una multitud de objetos y animales. Se forma con este pañuelo una especie de lazo arrugado, que guarda admirablemente los sombreros de primavera.

No hay nada mas gracioso que un niño vestido con gusto y sencillez: pero no desperdiciare nunca la ocasión de vituperar y de deplorar al mismo tiempo el lujo excesivo que muchas personas emplean hoy para vestir y adornar los niños y niñas de dos á tres años.

¿Hay nada mas lindo que un grueso bebé todo de blanco ó azul, pero vestido de simple lanilla ó de percal ó de pique? y por el contrario, ¿hay algo en el mundo tan absurdo y pretencioso como el mismo bebé cubierto de sedas, encajes y plumas?

VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

## CRÓNICA DE LA SEMANA

## NUESTRO DIRECTOR

A causa de haberse reagravado su enfermedad, nuestro Director ha abandonado por ahora la dirección de *EL ALBUM DEL HOGAR* que se halla interinamente á cargo de algunos amigos.

Este retiro momentáneo, que empezó desde nuestro número anterior, durará probablemente unos veinte días.

Entre tanto, hacemos votos por su pronta mejoria.

## VERSOS

La dirección de este semanario ha recibido un ejemplar de los nuevos *Versos* del Dr. Alberto Navarro Viola.

Como en otro lugar se dedican algunas líneas á dicha obra, nos limitamos aquí á acusar su recibo, felicitando á su autor, tanto por la obra en sí, cuanto por la forma original y artística en que es presentada.

## TEATROS

La Compañía Ferrari se ha ausentado ya de Buenos Aires, quedando por ahora en silencio la escena de Colon.

En cambio, Makay regresa de Montevideo para ocupar nuevamente la Ópera, que abandonó la Compañía Francesa, trayendo un cuerpo coreográfico completo. Habrá en la Ópera drama y comedia dentro de poco.

No son, pues, diversiones las que nos faltan para pasar el tiempo y recrear el espíritu.

## UNA DEFINICION

Hé aquí una definición que nos daba ayer un conocido gastrónomo:

Para un muerto de hambre una buena comida es un himno á la naturaleza, un *Te-Deum* cantado á toda orquesta, con acompañamiento de treinta y dos dientes.

## UN EMULO DE FONDACARO

En la mañana del 9 de Julio, las personas que se encontraban en el gran puente de Londres, fueron vivamente sorprendidas al ver llegar una pequeña embarcación, de construcción estrangera, que, por el aspect-

to y las condiciones en que se encontraba, se veía que venia de un largo viaje.

En efecto, el pequeño barco venia de Noruega; se llamaba el *Neptuno*, tenia 24 pies de largo, por 5 y medio de ancho, y 2 de profundidad.

En él, el capitán Guillermo Johnson, de Christianzund, de 46 años, que era el único guña y el único pasajero, efectuó un viaje de mil millas al través del Océano.

## PARA RESTABLECER LA VISTA

Transcribe el *Journal do Recife* lo siguiente de una publicación titulada *Relucao historico-geographica*:

«Un cirujano de Rio Janeiro, usando en 1874 el jugo de la capeba, planta vulgarmente conocida con el nombre de yerba de Santa Lucia, restituyó á su antiguo estado el ojo de un soldado que por un puntazo de bayoneta habia perdido todo el humor acuoso, cristalino y vítreo, encojiéndose hacia el centro las tunicas que componen el globo del ojo, y formando una profunda cavidad en forma cónica. Para verificar estas curaciones, algunas personas pincharon intencionalmente los ojos á varios gallos á fin de vaciarlos, y aplicando en seguida el jugo de la mencionada yerba, pudo restituirse la vista á los gallos.»

## D. ELOY PERILLAN Y BUXÓ

Dice la *Epoca* de Madrid, en su número del 14 de Julio:

El director de *La Broma*, D. Eloy Perillan y Buxó, ha sido condenado por los tribunales en la causa seguida á instancia de los señores duques de la Torre y conde de San Antonio á la pena de seis años de prision correccional y tres de destierro á 200 kilómetros de Madrid, 6,750 pesetas de multa, accesorias y pago de costas con prision subsidiaria.

El fallo condena al señor Perillan como autor de los delitos de calumnia grave á los duques de la Torre é injuria al conde de San Antonio, cometidos con publicidad y por escrito.

## LOS LIBROS PELIGROSOS

El *Lancet*, reputado periódico inglés, publica lo siguiente:

«Es imprudente leer libros de una biblioteca que los alquila, pues esos libros, que mudan continuamente de manos, son un agente muy activo para la propagacion de

las enfermedades que infestan constantemente las grandes ciudades.

«Las enfermedades mas fáciles de ser trasmitidas por los libros son: el catarro, la bronquitis, la angina, la tos convulsa, el sarampion, la difteria y la fiebre escarlatina.

«Es notorio que la lectura es una de las distracciones de los convalecientes, y el gérmen de las enfermedades de que están restableciéndose, puede quedar en las hojas del libro que leen durante meses aun durante años.

«Los libros y los diarios que se dan á leer á los convalecientes y á las personas enfermas deberian ser quemados.»

## LA PÁTRIA DE COLON

Con motivo de estar próximo el cuarentenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colon, el Ministro de Instrucción Pública y de bellas Artes de España interrogado últimamente por M. Clarence Winthrop-Bowen sobre el paraje en que debia festejarse aquel aniversario, le contestó que el gobierno se ocupaba de indagar exactamente donde nació Cristóbal Colon.

Durante mucho tiempo se ha creido que era Génova la patria del gran navegante, pero hoy, como se sabe, está averiguado una manera irrefutable que Cristóbal Colon nació en Calvi, departamento de Córsega. Martin Casanova, cura párroco de Calvi ha publicado sobre ese punto una interesante obra á la cual ha agregado documentos recientemente descubiertos y que no dejan duda alguna sobre el verdadero lugar de nacimiento de Cristóbal Colon.

Es pues, en Calvi donde deben celebrarse las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América, y es en Calvi donde debe erigirse el monumento consagrado á la memoria de Cristóbal Colon.

El gobierno francés tomará la iniciativa de esas fiestas.

EL ALBUM DEL HOGAR lleva hoy los siguientes materiales:

Versos y nuevas hojas, por R.—En boca de la muerte, novela de J. U. Tarchetti. El hogar paterno, poesia, por Celestina Nes.—Las criadas, por Casimiro Prieto Cortes y recortes, por Tijerita.—Revistitas modas, por la vizcondesa de Castelfido.—*Revista de la semana*.

# EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 592

## EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, AGOSTO 26 DE 1883

### EN BUSCA DE LA MUERTE

NOVELA DE J. U. TARCHETTI

Traducida del italiano por Ernesto L. Negri

(Continuacion)

—No lo dudeis, dijo Rosen, espero que me vereis volver en camilla.

Rosen y el desconocido llegaron en poco tiempo detrás del recinto, algunos parroquianos del hotel que habian oido aquella riña, los seguian desde lejos, y un amigo del Gascon llevaba los dos sables desenhainados debajo de la capa.

—¿Teneis vuestros padrinos? preguntó el desconocido al inglés.

—No importa, estos señores nos servirán de testigos para ambos. Indudablemente, no escluïremos los golpes á la cabeza y de punta, y nos batiremos hasta que uno de los dos quede en el suelo.

—Está bien, era mi parecer.

—Entonces podemos empezar.

—Empecemos.

Y el gascon sin esperar mas, se aseguró bien, empuñó su sable y se arrojó furioso sobre su adversario. Rosen lo esperaba firme. La noche era tan oscura que apenas uno podia distinguir la direccion de los golpes del otro; los circunstantes no veian nada, ó casi nada; distidguian á dos masas negras agitarse, asaltarse; veian de vez en cuando el relampaguear de las hojas, sobre las cuales se reflejaba un débil rayo de luz que procedia de un farol de la pared, y percibian el choque frecuente de los sables, sin poder juzgar cual de los dos adversarios tuviese mas práctica en el manejo de las armas y diese mayores probabilidades de salir victorioso.

Mas de repente uno de ellos se para, vacila, cae: los espectadores corren hácia él... era el gascon

Qué habia sucedido? El francés habia sido un pésimo esgrimidor. Rosen no ha-

bia tenido tiempo de descubrirse todavia oportunamente, cuando habiéndole dirigido un golpe fingido de derecha, el otro le respondia con un reparo de izquierda y, embistiendo su sable, se heria gravemente en la garganta, sin que su adversario tuviese intencion alguna de herirlo.

Rosen habia permanecido aterrado por el dolor y la sorpresa. Habia sin duda una estraña fatalidad que pesaba sobre él, que volvía vanas y funestas todas sus tentativas de muerte.

Mientras permanecia inmóvil con las manos apoyadas sobre la empuñadura del sable, oyó á uno de los espectadores que preguntaba:

—¿Quién es el que lo ha herido? Y otro contestarle: Es un inglés.—Bien. Es necesario pedirle razon de este hecho: no se puede llamar duelo á esto; no habia padrinos, no habia nada de regular; ha sido un verdadero homicidio. Mirad, el muerto es un francés y un gascon, y se han batido por una costilla de carnero; puede confirmar lo que digo, su colega Pirolet; es menester im pedir que este bandido del inglés se mande mudar sin su conveniente castigo: hagamos las cosas como es debido, llevémoslo, ante el Comisario de Policia.

Rosen que á las primeras palabras tuvo un rayo de esperanza, se estremeció cuando oyó hablar del Comisario de Policia, y conoció que era menester retirarse, si todavia era posible, y partir de Amiens esa misma noche.

Mas apenas habia tomado esa resolucion se vió rodeado por toda la gente, y oyó á uno de ellos, que se habia acercado mas que los otros, ordenarle que le entregase el sable y le siguiese á la oficina del Departamento. Rosen tomó entonces una gran determinacion.

Habiendo observado que algunos de ellos iban armados de estoque y que uno de ellos empuñaba la espada de su adversario, imaginó que le seria facil hacerse matar por toda esa gente, arrojándose en medio de ellos como un hombre perdido y descargando golpes á derecha é izquierda para obligarlos á disolverse.

En el momento Rosen empuña su sable, se abalanza sobre esos desgraciados hiriendo á cuantos alcanza y gritando cuanto puede—villanos, miserables, almas de conejo, defendeos, arrestadme si teneis valor.

Mas él consigue de esa manera un fin completamente contrario; todos aquellos hombres espantados por tanto atrevimiento emprenden la fuga, y á Rosen no le queda mas que el disgusto de ver caer á su lado heridos cuatro de ellos, y la seguridad de que este suceso le creará una terrible responsabilidad para su conciencia, y lo que mas le importa, una responsabilidad no menos fatal para con la autoridad.

Rosen toma una súbita resolucion: nadie lo conoce en Amiens; no ha dicho su nombre á nadie; apenas han podido entrever su persona á la luz del farol; huye, toma hácia el campo y con alguna cabalgadura que hallará en alguna posada durante el viaje, piensa llegar en la noche á Montdidier.

Una hora despues de este suceso, Lamperth recibe de un aldeano una carta que decia así:

Querido Lamperth:—Un destino tan singular, como inexorable, hace infructuosas y funestas todas mis tentativas de muerte. Vivo á pesar mio, á pesar de todo y de todos. Habreis sabido que he muerto á ese gascon y herido á cuatro ó cinco franceses que querian llevarme como un malhechor á la oficina de policia. Este suceso me obliga á huir á Montdidier sin ser visto, sirviéndome de un pésimo caballo que he comprado ahora en una casa de colonos desde la cual os escribo. Os espero pues en Montdidier, en el café de la Paz, donde se bebe la mejor leche que existe en toda la Francia.

\*\*\*

Mientras Rosen cabalgaba por esas alegres campiñas que corren desde Neufchatel hasta Hermont y hasta las orillas del Oise, pensaba en su antigua vida de Londres, en su mujer, en sus amigos, en sus riquezas disipadas, y en ese estraño capricho de la suerte que le habia indicado como remedio un camino tan culpable y tan singular.

La noche se habia vuelto lluviosa y Rosen estaba triste. Nunca, como en ese momen-

to, habia sentido un deseo mas vivo de morir; nunca, como en ese momento, la suerte habia parecido alejarlo tanto de la muerte. Sentia dentro de sí una potencia de vida extraordinaria, una armonía inusitada en todas las funciones de su máquina: un orden, unas pulsaciones tan regulares, que no se acordaba haberse hallado nunca en un estado semejante de bienestar, ni en los años de su niñez.

Ese trote monótono de su cabalgadura, parecia mecerlo como á un niño; el agua que caia en pequeñas gotas casi vaporosas sobre los cabellos y la barba, parecia acariciarlo como la mano de una mujer querida: el viento que soplabá ligeramente parecia llegarle al rostro como el aliento perfumado de una niña; además de eso los árboles se hallaban llenos de avecillas que cantaban á pesar de la lluvia; y habia en el aire un algo tan voluptuoso y tan dulce que hacia imposible cualquier sentimiento que no hubiese sido afectuoso y noble.

A pesar de ese estado de cosas, Rosen pensaba de qué manera lograria morir al dia siguiente, pues no podia sufrir mas dilaciones y deseaba nuevas aventuras.

A cada sombra que parecia dibujarse á los lados de la calle, á cada débil ruido de pasos, el corazon de Rosen latia mas apurado y volvia á abrirse á la esperanza y á la alegría. Metióse á propósito entre las malezas y cruzó el pequeño bosque de *Cok-Sautin* conteniendo casi la respiracion, tal era la suspension de ánimo en que se hallaba, y la impaciencia de encontrarse con algun peligro ó de dar con una emboscada de ladrones.

Todos los grupos de plantas le parecian una junta de malhechores, todas las malezas un asesino que lo esperaba en su camino, cada rama cubierta de líquen blanco una hoja de cuchillo ó el cañon de un trabuco.

Él pensaba de qué manera debia conducirse con ellos. Indudablemente los ladrones no serian menos de dos ó de cuatro, quizá mas tambien—qué placer! . . . habrian tenido buenas armas. . . Y cómo tratarlos? . . . Por buenas? peor! no se lograria nada: era menester gritarles—asesinos, ladrones, cobardes, no escapareis; yo soy el comisario general, mañana sereis arrestados, y juro os haré ahorcar como perros sin daros tampoco el tiempo de hacer un exámen de conciencia.

Rosen se habia posesionado tan bien de su papel que clamaba en voz alta contra aquellos asesinos imaginarios, como si efectiva-

mente estuviesen presentes, y ya habia aullido del bosque de *Cok-Sautin* sin advertirlo.

Era casi de madrugada cuando empezó á descubrir desde lejos los campanarios de la ciudad, y sintió los tañidos lentos de una campana que parecia tocar alarma. Fijando su mirada en aquella línea blanquecina del horizonte, sobre cuyo fondo se dibujaban en grupos oscuros y confusos las casas de Montdidier, le pareció distinguir una ancha columna de humo que se elevaba en espirales negras y pesadas, y se reunia á las nubes, que tupidas y negras cubrian todavia la ciudad. Rosen espoleó su caballo, y cuando se halló cerca de las murallas distinguió unas lenguas de llamas que salian del techo y de las ventanas de una casa, y conoció que se trataba de un incendio.

Reanimado por esta nueva esperanza, abandonó las bridas sobre el pescuezo del caballo, le clavó las espuelas y llegó á las puertas de Montdidier antes de que los habitantes de ese país, conocidos de todo el mundo, y las cabezas mas tardías de toda la Francia, hubiesen concurrido á dominar de alguna manera el incendio.

Rosen llegó, pues, de los primeros, y no habia tenido tiempo todavia para observar de qué parte y con qué pretesto habria podido lanzarse en la casa incendiada, cuando oyó estas voces:

—Es menester salvar á papá Caupin, pobre papá Caupin! debe hallarse clavado en su cama por su artritis; . . . se morirá sofocado. No habrá quién salve á papá Caupin?

—Aquí estoy yo, dijo Rosen, dónde se halla el cuarto de ese enfermo?

—Oh! Señor, Dios os lo pague; es el primer cuarto del segundo piso hácia la izquierda, la puerta dá sobre la escalera; si no estuviese allí lo hallareis seguramente en el gabinete contiguo.

Rosen, sin esperar mas, no dudando que allí la muerte era infalible, entró sonriendo al zaguan y subió resuelto las escaleras, exclamando para sí: es la Providencia la que me ha enviado á Montdidier.

Mas no habia subido dos escalones cuando las llamas ya lo rodeaban completamente y le quitaban la respiracion, los cabellos y la barba chirriaban causándole terribles quemaduras en el rostro; sus vestidos empezaban á encresparse; y fué un milagro si por un sentimiento instintivo de humanidad y la firmeza de su resolucion de morir, lo llevaron hasta el segundo piso á la pieza de

papá Caupin, que yacia desmayado sobre el suelo.

Levantarlo cargarlo, al hombro, bajar precipitadamente las escaleras, fué obra de un segundo para Rosen, que se presentó ante la turba acojido por una salva de aclamaciones; y estaba por volver nuevamente al incendio cuando se sintió asido por una joven con los cabellos y el traje en desorden, que le decia llorando: Por caridad, señor salvad á mis dos hijos, están en la tercera pieza á la derecha en el tercer piso, pero pronto, caminad. . . . rogaré siempre á Dios por vos!

Rosen no deseaba otra cosa y se echó al incendio por segunda vez. Lo vieron aparecer de nuevo poco despues llevando en brazos á los dos niños que fué á entregar á la madre, pero tan desfigurado por las quemaduras, que apenas se le podia reconocer. Sin embargo, no habia perdido el uso de la razon todavia ni olvidado el objeto verdadero y directo de su proyecto.

Aunque aturrido por el dolor, jadeante por la fatiga, y casi ciego por el humo y la luz, se lanzó una tercera vez en medio de las llamas. Los espectadores intentaron en vano detenerlo, gritando:—¿Qué haceis? Es inútil. . . ya no hay á quien salvar. Pobre joven, ya no oye nada. . . esta vez no ha de volver. Qué heroismo! que corazon! Y es de los nuestros? Es de Montdidier?

Pero Rosen no habia comprendido ó querido comprender nada; habia resuelto ganar el piso mas alto, lanzarse sobre el primer piso que amenazaba vencerse y caer envuelto en sus ruinas.

Efectivamente habia llegado al cuarto piso, bajo el arco de una puerta que ponía en comunicacion dos cuartos; los tirantes de los dos pisos crepitaban y las llamas subian á lo largo de las paredes; él eligió aquel entre los dos que parecia habia de precipitarse mas pronto, pero en el instante, el que recién abandonaba, empezó á doblarse hácia la mitad, abrirse y caer con un ruido terrible, mientras el que pisaba, separándose tan solo de las paredes, bajaba despacio y entero, arrastrando en su ruina los pisos inferiores que amortiguaban el choque y la rapidez con su obstáculo.

En una palabra, Rosen se encontró sobre el piso tercero como si lo hubiesen bajado en andas, y todavia no habia tenido tiempo de meditar sobre su situacion, cuando los espectadores habiéndolo visto desde las ventanas del piso bajo, llegaban á él de todas partes y lo sacaban, á pesar suyo, de aquellas ruinas.

(Continuad.)

## ALAS DE MARIPOSA

Ráfaga de luz y grana  
Mostraba allá en el Oriente  
El crepúsculo esplendente  
Precursor de la mañana.

En los cálices silvestres  
De recién nacidas flores  
Lucian sus mil colores  
Las mariposas campestres.

Un niño las perseguía  
Y arrancándoles las alas,  
Todas sus brillantes galas  
En una mano escondía.

Mostró el sol sus rayos de oro  
Y el niño, alegre y ufano,  
Abrió la cerrada mano  
Para mirar su tesoro.

—¡Qué es esto! exclama al momento  
El incauto simplecillo,  
Viendo un ligero polvillo  
Que se disipa en el viento.

—¡De qué te asombras, mi amor,  
Clama su madre querida,  
Si es polvo la humana vida,  
Polvo la planta y la flor!

Ese despojo que vuela  
Y que á tus ojos se esconde,  
Mejor que yo te responde  
Y el triste fin te revela.

Calló la madre amorosa,  
Y él, en edad tan temprana,  
Vió escrita la ley tirana  
Con alas de mariposa.

DOMINGO RAMON HERNANDEZ.

## REMINISCENCIAS

Hoy me siento acariciado por el ala de un recuerdo, que encierra para mi amante corazón, todo un poema de amor y de ternura.

Quizá mi imagen como mi nombre, se haya borrado de tu memoria; quizá no tengas para quien te amó hasta el delirio, una palabra de consuelo ó una mirada de compasión.

Pero qué me importa tu ingratitud, si yo te adoro como el primer día que te conocí?

Crees tú que tu perfidia puede matar mi amor? Oh! nó; por eso me complazco en recordarte y en evocar tu imagen querida en mis momentos de dolor supremo.

\*\*

Te amé, como sólo se ama una sola vez en la vida; con delirio.

Mi alma *sedienta* de ilusiones, te buscaba sin esperanza en la tierra.

Un día ¿te acuerdas?—la *fatalidad* que muchas veces se llama también el *destino*, me acercó á tí.

Desde el momento que la mirada de tus ojos se clavó en los míos, sentí que mi alma no me pertenecía.

Como la luz atrae á la mariposa, del mismo modo me sentí atraído hácia tu sér.

Tuve miedo del amor que sentía y quise luchar, pero . . . caí vencido. Tú ejercías sobre mi corazón, un poder absoluto. Esclavo de tus menores caprichos, besaba de rodillas la mano que me hería sin piedad.

Y siempre sufriendo, hubo un momento en que, loco de celos, quise poner término á mi triste existencia.

Te acuerdas de esa noche de lágrimas y de dolor?

*Vive para mi amor!*—me dijistes arrojándote en mis brazos y cubriendo mi frente de besos, y como siempre, te obedecí. Mi vida era tuya y no tenía derecho á quitárnela, sin tu consentimiento.

Pasaron tres meses:

\*\*

Después . . . el cielo de nuestro amor sublime, se cubrió de oscuras nubes; el huracán de la desgracia, se llevó en sus gémimas alas mis ilusiones y esperanzas y . . . cuando todo pasó, cuando aves y flores, auras y céfiros, sonrieron en la naturaleza, sólo un corazón permaneció insensible á las alegrías de la tierra.

Ese corazón era el mío, que había muerto para los placeres de la vida!

Volverán á renacer al soplo vivificador de la esperanza, las flores marchitas por las decepciones del mundo?

Jamás!—me dice una voz al oído. Será esa voz, la de mi propio corazón? Tal vez! . . .

LIRIO.

## LAS PEORES CADENAS

Se llama don Pancracio. Es de regular estatura, algo obeso, de mirada franca, alma generosa y patillas de chuleta.

nomónico que revele inteligencia y talento; don Pancracio no ha inventado la pólvora, dicho sea sin ánimo de ofenderle.

Es soltero por convicción, por temperamento y por conveniencia; todo lo cual no quiere decir que aborrezca á las pecaminosas hijas de Eva, que sí le gustan; pero el matrimonio es para él cosa supérflua.

—El matrimonio, dice, es una jaula para guardar ese bonito pajarito que se llama mujer. Si se deja alguna vez la puertecita abierta, el pájaro se vá, pero la jaula queda y es un mueble inútil; prefiero pájaros sin jaulas.

Preciso es convenir en que don Pancracio discurre muy sesudamente al respecto, y nadie diría que fuese un hombre de tan cortísimos alcances.

Don Pancracio vive en casa de una respetabilísima vieja con ínfulas de jamona y pretensiones de elegante.

Se llama doña Tecla (así como suena).

Viuda de un militar cuyo nombre no ha conservado la historia, ni siquiera en espíritu de vino, lo cual, en opinión de doña Tecla, no deja de ser una injusticia, pues el tal militar se distinguió mucho . . . en los cafés, donde hizo su carrera entre el humo . . . de los cigarros, viuda, repetimos, de un héroe tan malogrado como inédito, contaba con escasísimos recursos para subvenir á las más premiosas y prosaicas necesidades de la vida, y un día ocurriósele la salvadora idea de solicitar por medio de un aviso un *caballero solo*, para cuidarle como si fuera de su propia familia.

A don Pancracio encandiláronse los ojos al leer aquello de una *señora sola*, y se apresuró á presentarse en casa de doña Tecla, donde sufrió el más atroz de los engaños.

—Señora . . . dijo, quitándose el sombrero y haciendo una profunda cortesía á doña Tecla.

—Caballero . . . dijo ésta, haciendo con los labios una mueca con pretensiones de sonrisa.

—¿Es usted la . . . ? balbuceó el solterón, sin aliento para terminar la frase.

—Soy doña Tecla Morales, viuda del más famoso capitán del siglo XVII.

Don Pancracio abrió desmesuradamente los ojos y pegó un salto.

—¡Parece imposible! exclamó, cuando el asombro le permitió decir algo.

—¿Cómo que parece imposible?

—Algunos años le hacía á usted, pero ¡no

Doña Tecla torció el gesto; aquellas palabras eran, á todas luces, una grosería.

—¿Con que tiene usted mas de doscientos años? preciso es confesar que está usted muy bien conservada.

—¡Doscientos años! chilló la vieja poniéndose verde; caballero, está usted faltándome al respeto . . . ¿esto es una burla sangrienta!

—¿No dice usted que es viuda del más famoso capitán del siglo XVII? estamos en el siglo XIX . . . con que ajuste usted la cuenta.

La verdad es que doña Tecla solía con fundir con lamentable frecuencia los siglos, resultando de ahí cada galimatías que cantaba el credo. Aclarado el error, don Pancracio se apresuró á pedir mil perdones á aquella apolillada beldad.

—He leído el aviso . . . dijo por fin, con amable sonrisa.

—¿Es usted solo? preguntó doña Tecla.

—Solo; sí, señora, y si me conviene el trato . . .

—¡Ay! suspiró la vieja, le cuidaré á usted como si fuera mi propio marido.

—No tanto, señora, no tanto, se apresuró á decir don Pancracio, estremeciéndose de pies á cabeza.

—Quiero hacerme la grata ilusion de que es usted de mi familia.

—Entonces hágase cargo de que es usted mi abuela.

—¡Ah, caballero! yo vivo completamente retirada del mundo; los gusanos del desengaño han roído mi corazón . . .

—¡Demonio! entonces debe estar podrido.

—No obstante las ilusiones no tardarán en retoñar en él, si el calor de unos ojos . . .

—¿Cuántos platos? dijo don Pancracio, juzgando prudente cambiar de conversacion.

Pero la sensible vieja, firme en sus trece, prosiguió:

—Mi corazón no ha saboreado todavía las dulzuras del amor; por que el amor es una confitería.

—¡Habrà vieja golosa! pensó don Pancracio, sonándose estrepitosamente las narices, á fin de ahogar con este ruido los suspiros que lanzaba doña Tecla y hacerse el desentendido.

—¡Ay! Yo envidé muy joven . . . figúrese usted que mi marido no me habia puesto aun de largo . . .

—¡Caracoles! dijo el solteron; sería usted muy niña.

—¡Mucho! cuando Asdrúbal pidió mi mano . . .

—¿A quién se la pidió? ¿á su nodriza de usted?

—A mi mamá, caballero; cuando Asdrúbal pidió mi mano, todavía constituian mi único encanto las muñecas.

¡Pobre Asdrúbal! murió sin haber tenido el placer de verme crecida . . . Cuando fuimos á casarnos, el cura preguntó á los padrinos si se trataba de boda ó de bautizo.

—¡Pobre don Asdrúbal! crea usted que siento en el alma la desgracia de ese famoso capitán. Y diga usted, ¿cuántos platos acostumbra usted servir? A mí me gusta mucho el pescado; se lo prevengo á usted para los efectos consiguientes.

—En mi casa se goza de completa calma.

—¡Ajajá! eso me gusta.

—Únicamente por la noche suelo entregarme al dolor y á la desesperacion . . .

—¿Qué dice usted?

—En esas horas en que el alma se complace en evocar los dulces recuerdos del placer perdido, sin que la interrumpa á una el veudador de frutas con sus estentóreos gritos, ni el ruido de los carros, ni la infernal gritería de los chiquillos, entonces lloro al difunto y le llamo á voces y doy rienda suelta al acerbo llanto . . .

Don Pancracio, á quien no hacia mucha gracia la nocturna desesperacion de aquella amojamada hermosura, se apresuró á decir:

—Señora, su dolor de usted me inspira un respeto profundo, porque lo comprendo, pero desearia que se desesperara usted despues de almorzar, q' es precisamente cuando voy á mis asuntos particulares.

—¡Imposible, caballero!

—Yo creo que para desesperarse lo mismo da una hora que otra.

—Es que solo por la noche me asalta el recuerdo de Asdrúbal . . .

—¿Y de día nó? en este caso me comprometo formalmente á recordar á usted todos los dias, despues de almorzar, á su *envidiable* esposo, para que pueda llorarle mientras hace la digestion.

Doña Tecla accedió á todo.

Necesitaba de don Pancracio económica y caritativamente hablando, y no podia rechazar la fortuna que se le presentaba disfrazada de caballero particular.

—¿Con qué es usted solo? dijo bajando los ojos y procurando ponerse colorada.

—Sí, señora; ya he tenido el honor de decirselo á usted.

—¡Solo ¡ah caballero! usted necesita casarse; el corazón del soltero es un árbol que no da sombra ni fruto . . .

—Le diré á usted, el matrimonio me causa espanto.

—¿Por qué?

—Por que es la tumba del amor, como ha dicho . . . no sé quien.

—¡Bah! esas son tonterías. Usted necesita mujer . . . madura.

—Tengo buen diente todavía y me gusta el ácido.

—Por ejemplo . . .

Don Pancracio se estremeció y juzgó que lo mas prudente era eclipsarse.

En los labios de la vieja flotaba una amenaza terrible.

Nuestro hombre pensó:

—¡Se me va á declarar, que es como si se me declarara . . . la viruela!

Y añadió, tragando saliva:

—Señora, un asunto urgentísimo me obliga á dejar su amable compañía, pero volveré dentro de algunas horas.

—¿Con que se queda usted en casa?

—Sí, señora, es cosa decidida, y no hablemos del precio; me avengo á todo . . . menos á verte, agregó para sí.

Pero ¡ay! la infernal vieja se habia enamorado de don Pancracio, y aun que este no cumplió su palabra de volver á las pocas horas, el caso es que averiguó donde vivia, por arte del diablo, su colega seguramente, y le persiguió de un modo tenáz no dejándole á sol ni á sombra.

Los amigos de don Pancracio llegaron á aperebirse de aquella persecucion sin ejemplo en la historia y los epigramas llovieron como granizo sobre el infeliz.

Aquella vieja se le aparecia en todas partes.

Un dia ¡horror! vió su imagen hasta en el caldo . . .

Don Pancracio volvió la cabeza y se encontró cara á cara con doña Tecla, que se habia inclinado sobre uno de sus hombros.

—¡Es usted un ingrato! chilló la vieja.

—Señora, balbuceó don Pancracio, ensayando una amable sonrisa, pues lo cierto es que temia á doña Tecla; perdone usted si no he vuelto por su casa . . . mis ocupaciones . . . mi . . . la . . . ¿quiere usted una taza de caldo?

—¡Lo que quiero es que me siga usted!

—¡Cáspita!

—Ningun caballero falta á su palabra como ha faltado usted á la suya.

—¡Doña Tecla!

—Yo soy una joven honrada y mi reputacion empieza á ser blanco de hablillas y murmuraciones por culpa de usted.

—¿Por culpa mia? no lo habia notado.

—Además, usted me es muy simpático.

—Muchas gracias.

—Su nariz me recuerda la nariz de mi marido...

—¿Cómo! ¿don Asdrúbal también tenía nariz?

—¿Se burla usted?

—Dispense usted, doña Tecla... me siento enfermo; creo que se me ha indigestado el caldo, ya sabe usted que el caldo es muy indigesto, y no doy pié con bola...

Doña Tecla insistió y don Pancracio comprendió que no había para él más remedio que trasladarse al infierno, que no otra cosa era el domicilio de aquella furia.

Eso sí, don Pancracio hizo la formal resolución de no caer en el garlito y de permanecer soltero hasta el día del juicio final.

—Si me habla de matrimonio, pensó, le pego un tiro; sé que me matarán, pero vale más esto que... lo otro.

Y siguió, como el reo al verdugo, á doña Tecla que iba radiante de gozo.

El solteron llegó á cobrar miedo á la viuda del capitán Asdrúbal.

A las dulces sonrisas de la rancia señora contestaba con otras, que se esforzaba en hacer aparecer amables, pero que no eran más que horribles muecas.

—¿Sufre usted, don Pancracio? solía decirle la vieja.

—¿Por qué? murmuraba el solteron.

—¡Ha hecho usted un gesto tan extraño!...

—Me he sonreído, doña Tecla, contestaba con suma sencillez el infeliz.

Y ¡lo que son las cosas! don Pancracio llegó á acostumbrarse á aquella azarosa existencia y no pensó ya en hacer ninguna tentativa de fuga, para librarse de tan negra tiranía.

Don Pancracio no quiso casarse, juzgando que el matrimonio era una especie de cárcel donde las mujeres encerraban á los hombres de bien, y cayó en la peor de las esclavitudes.

Es soltero y ha perdido la libertad, sin que el cariño de una mujer bella, joven y amable endulce los sinsabores de su alma.

¡Cuántos hay que declaman contra el matrimonio, y urrastran peores cadenas!

CASIMIRO PRIETO.

## PERFILES CELESTES

DALMIRA ZAVALA

La primavera de la juventud la sonríe.

Tiene catorce años, la edad de las ilusiones y de los rosados ensueños.

Feliz de ella, que recién penetra por los dorados dinteles del mundo! Feliz de ella, por que lleva esculpida en su despejada frente, la aureola del saber y del talento!

\*\*\*

Ilustrada é inteligente, como su encantadora hermana Tomasita, dotada de un alma tierna y sensible, Dalmira Zavaleta, será con el tiempo, una de nuestras mas notables educacionistas y una de nuestras mas distinguidas pianistas.

El estudio dignifica á la mujer y cuando se posee una vigorosa inteligencia como Dalmira, se va lejos.

El saber fortifica el alma y dá fuerzas para afrontar serenos, las tempestades de la vida.

Dichosos de aquellos, que, haciendo caso omiso de los fútiles placeres del mundo, inclinan la frente sobre el libro y la levantan llena de luz!

De la ilustracion de la mujer y de su educacion, depende en parte la salvacion de la sociedad.

Adelante pues, bella Dalmira, y no desmayar, que el porvenir es vuestro.

R.

## EL INSECTO Y LA ESTRELLA

Mirad aquel insecto  
de transparentes álas  
en los brillantes pétalos posado  
de aquella rosa blanca.  
El cielo contemplando  
las largas noches pasa,  
fija la vista en la hermosura y brillo  
de cierta estrella pálida.

¡Amor de un pobre insecto!  
¡amor sin esperanza!  
la estrella no le mira, es insensible;  
las estrellas no aman.

En la nevada rosa  
se ven, por las mañanas,  
mil gotas cristalinas que parecen  
abrasadoras lágrimas.

MANUEL REINA.

## REVISTA DE MODAS

Paris, 20 de Julio de 1883

Nada de muy nuevo aparece todavía en punto á formas y adornos de trajes de verano.

La combinacion de las telas lisas y de cuadritos en los trajes de seda cambiante y la

mezcla de telas lisas de lana y de seda de cuadritos, es por ahora la novedad de la estacion. El terciopelo liso, que de algunos años á esta parte se emplea, lo mismo en verano que en invierno, me parece destinado á representar un importante papel entre los adornos de los trajes de vestir, y en estos, los volantes recortados figuran en mayoría.

Siguen llevándose los chalecos estrechos, abrochados por ambos lados y acompañados de encajes formando conchas ó completamente lisos. Continúan también llevándose muchos corpiños terminados en punta por delante, y por detrás en faldoncitos de frac, guarnecidos de encajes.

Los bordados crudos, blancos, de color; los vestidos bordados de batista, de lana fina y de fular, estarán este verano mas de moda que nunca. Bien quisiera decir que todo esto es nuevo; pero me es imposible disfrazar la verdad, y me contento con apuntar fielmente lo que se lleva y lo que se está preparando para la estacion de los calores.

Las francesas, y sobre todo las parisien-ses—que son dos veces francesas—adoptan cada vez mas la costumbre de vestirse con una sencillez absoluta para salir de día á pié, cuando no van á hacer visitas ó á una recepcion cualquiera. El traje, género de sastré, de lanilla inglesa, es el modelo favorito. Este traje debe ser incoloro, de colores apagados ó muy suaves, y es indispensable que esté cortado á la perfeccion, que dibuje admirablemente el busto, y que vaya adornado de una manera suavemente sombría. No solamente se le pone por la mañana para salir, sino que es el único admitido para viajes, excursiones, paseos campestres, etc. Se le hace de pañete, de vigoña de verano y de cachemir asargado, de una resistencia y de una flexibilidad á toda prueba; los colores suelen ser azul mar, marron de la India, verde cazador, gris lomo de asno, rojo laca oscuro, etc. Las faldas van plegadas con túnica-banda un poco recogida por detrás.

Como corpiño, lo que mas se lleva es la blusa plegada como la de los niños; pero la lanilla de que se hacen estos trajes es tan fina, que los pliegues no abultan apenas el talle. Se llevan también chaqués, con chaleco estrecho, y unas inmensas levitas que ciñen el talle y se ensanchan sobre la falda, la cual desaparece casi enteramente como debajo de un enorme embudo.

Entre los abrigos ó confecciones que sirven de complemento á estos trajes, hay tres tipos principales: el dolman de tejido inglés, gris beige, con dibujos confundidos,

que llega hasta media falda, y lleva unas mangas muy anchas, que tienen la forma de oreja de elefante. Este abrigo es bastante cómodo. Viene luego el *pardessus-pelliza*, que tiene la forma de un capote de soldado, largo, ancho, fruncido en el talle, por delante y por detrás, con manga semiajustada; se parece más bien al capote-bata de un inválido que á la prenda de una mujer bonita y elegante; pero es cómodo, *sans façon*, y una multitud de parisienses lo han adoptado.

Finalmente, mencionaré la *capa española*. hecha de tela de lana fuerte y asargada, de un gris *beige* indeterminado, que viene á ser una inmensa rotonda sin mangas, ajustada á los hombros con algunas pinzas y ribetenda de una tira ancha de terciopelo de condoncillo de un color más oscuro. Se la emboza como una verdadera capa, dejando libres brazos y manos. Pero este modelo, elegante y cómodo, se generalizará difícilmente, porque exige una gracia particular para embozarse, que pocas francesas poseen.

Se preparan maravillas en materia de sombrillas elegantes; hablaré de ellas tan luego como los modelos salgan á luz. Desde luego se puede ya elegir, para los trajes de vestir y modestos, la sombrilla de raso de color vivo ó suave, enteramente velada de encaje negro ó crema. Las sombrillas ordinarias llevarán, generalmente, unas flores enormes agrupadas sobre un fondo de color diferente.

En el calzado se han introducido algunas modificaciones. Los zapatos semi-descubiertos reemplazan casi completamente la botina en la estación actual. El zapato llamado inglés ó Richelieu es de cabritilla ó charol, y vá adornado con pespunte blancos; es de *negligé*, y se pone para salir por la mañana en tragecitos de lanilla. Con los trages de visita se puede poner el zapato negro ó mordorado, que es de medio vestir, ó bien el zapato de charol, con lazo y hebilla de oro ó plata antigua. Para vestir, para teatro, *soirée*, etc., hay una multitud de preciosos zapatos descubiertos ó bajos, con puntas bordadas de azabache, hechas de raso negro ó del mismo color del traje.

VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

## LA VUELTA DEL SOLDADO

### I

Allí donde Aragón y Castilla se avistan, se estrechan la mano, se abrazan y se con-

funden en uno, como ha cuatro siglos hicieron sus egregios príncipes Fernando é Isabel, convirtiendo dos patrias en una sola patria, cuya grandeza histórica no bastan á espresar todos los superlativos de la elocuente lengua castellana y cuya gloriosa unidad pugnan por romper nuestros infelices tiempos, allí vive glorificando á Dios con la fé, la humildad y el trabajo, entre colinas embalsamadas por la salvia, el tomillo y el romero, amados de la industria, un pueblecillo, que sólo para alabar á Dios con la santa voz de su erguido campanario osa mostrarse al viajero que recorre sus cercanías.

Una hermosa mañana de primavera salieron casi todos sus moradores al collado que llaman de los Suspiros, porque allí suspiran de pena ó de alegría los que se ausentan y los que regresan al dirigir desde allí la última ó la primera mirada al pueblo donde dejau ó van á encontrar sus amores.

Oyéronse dolientes lloros y amorosas frases, y viéronse apretados abrazos, é inmediatamente unos mancebos se alejaron, se alejaron llorando por la vega, y cuando los perdieron de vista las gentes que en el collado quedaban, estas gentes se volvieron, tambien llorando, á la aldea.

—¡Pobres quintos, pobres quintos!... decian los que quedaban.

—¡Pobres padres! ¡Pobres hermanas! ¡Pobres amadas! podian decir con más razon los que se iban.

### II

Han pasado muchos años, que muchos años son seis ó siete para el que los pasa amando, temblando, llorando y esperando inútilmente.

—¡Abrazaos por si es la última vez! dijo el señor Anton á su hija Isabel y á Juan, el novio de su hija, que lloraban, sin consuelo, en el collado de los Suspiros.

—Sí ¡que se abracen los pobres chicos! asintió Lucas, el padre de Juan.

É Isabel y Juan se abrazaron, y al abrazarse se dijeron bajito, bajito, como si sólo Dios fuera digno de oírlos:

—Isabel, ¿me olvidarás?

—¡No, Juan, si tú no me olvidas!

—¡Pues espera!

—¡Esperaré!

Isabel esperó un año, esperó dos, esperó tres, esperó cuatro llorando de celos, de impaciencia y de incertidumbre en lo porvenir, porque ¡ay! el mancebo que á los veinte años es lozano y hermoso, á los veintiocho ó treinta lo es tambien; ¡pero la don-

cella comienza á los veinticuatro á perder hermosura y lozanía! Perico el Cojo iba todas las noches á cantar y suspirar junto á su reja; pero aquellos cantares y suspiros no llegaban á su corazón.

Llegaron nuevas al pueblo, primero de que á Juan le habian hecho cabo y luego de que le habian hecho sargento, é Isabel se llenó de orgullo y de alegría; pero oyó decir á las gentes:

—¡Ese muchacho va á hacer carrera! ¡Lo menos es capitán para cuando cumpla! ¡No le volveremos á ver por aquí sinó mandando un batallón!

Y cuando Isabel oyó decir esto se puso cavilosa y triste y descolorida, y lloró sin consuelo.

Y no fué esto solo lo que Isabel oyó. Un anochecer, acercándose á la fuente que susurra en la enramada de las afueras del pueblo, oyó que hablaban de ella y de Juan las mozas que en torno de la fuente llenaban el cántaro, y se detuvo á escuchar:

—Isabel, decian, se queda para vestir imágenes, por que Juan dentro de poco será un señor oficial con galones y estrellas, y claro está que no ha de venir aquí á destripar terrones.

—Sí, de seguro; la Virgen que está en el altar mayor de la parroquia ya tiene quien la vista y la calce mientras Isabel viva.

Y el domingo inmediato se leyeron en la parroquia del pueblo las primeras amonestaciones de Isabel y Perico el Cojo, que suspiraba en vano por ella desde que Juan cayó quinto.

### III

El señor Lucas y sus hijas y sus yernos y hasta sus nietecillos, están alborozados por que el señor Lucas ha recibido carta de su hijo Juan, en que este le anuncia que ha tomado la licencia absoluta, y aquel mismo dia sale de Zaragoza para el pueblo, adonde llegará poco despues que la carta.

—¡Ah! exclamaba el señor Lucas temblando y llorando á la par de pena y de gozo. ¡Qué dia tan feliz para todos seria este, si mi Juan no encontrara en el Campo Santo á la pobre madre que dejó en el hogar! Ya debe á estas horas venir por la vega acá; ¡Qué estas pícaras piernas, mas viejas que Matusalen, no me permitan salir siquiera al cerro de los Suspiros á recibirle, como todos esos compañeros de su niñez que han ido á escape para allá así que han sabido que Juan viene!

—¡Yo tamen quero ir á ver al tío solo! ¡gimotean sus nietecillos, tirando con desden

los juguetes con que se entretienen en torno de su madre que desgrana legumbres, y de su tía que hace media y da de mamar á su primer cachorrillo.

—No, no, replica el señor Lucas; aquí todo el mundo; casadas y solteras, mamoncillos y enredadores, que necesito quien me acompañe y distraiga mientras llega mi Juan, por que el que espera desespera.

Oyese en esto gran vocería en la calle distinguiéndose voces de mujeres que dicen ¡Qué hermoso viene, Dios le bendiga! y el señor Lucas, al oírlas, da un grito de gozo y se alza de su asiento y pugna por lauarse á la puerta.

Y á la puerta aparece Juan tembloroso, desatentado, loco, llorando y riendo de mocion; que sólo Dios y los que lo hemos entido sabemos lo que siente el que, después de muchos años de ausencia del hogar paterno, atraviesa las puertas de aquel hogar y no encuentra ya en él á la que en él le dió el dulce nombre de hijo.

Abrazos, besos, lágrimas, bendiciones, todo el dulce concierto que forman esos instrumentos de santa música que se llaman oraciones, solemuizaron la vuelta del soldado al hogar paterno.

Hay cosas que se adivinan y no se explican, que se sienten y no se pintan ni se cuentan. ¡Una de ellas es la que yo, mezquino artista que no sé más que esbozar y sentir, he querido encerrar en limitado cuadro y lo he querido inútilmente!

#### IV

¿Qué ha sido de Juan y qué de Isabel?

¡Ay, que honda pena causa el decirlo!

—¡Traidora!! exclamó Juan con el corazón envenenado cuando en el hogar paterno no se habló de Isabel.

—¿Qué dices, hijo? le replicó su padre. No le des ese nombre, que si le merece, le merecen también tus hermanas.

Juan miró á sus hermanas felices, amorosas y buenas; llenáronse los ojos de lágrimas, las abrazó, se enjugó los ojos y guardó silencio.

Pasaron días y pasaron meses, y una mañana apareció Perico el Cojo en una callejuela con su navaja en la mano y en el pecho una herida, por donde se había escapado todo su aliento.

Nadie ha vuelto á saber de Juan... ¡Perdónele Dios!...

ANTONIO DE TRUEBA.

### REVISTA DE LA PRENSA

Un hallazgo notable tiene en regocijo á los arqueólogos de México. Se ha descubierto en un pueblo de Veracruz una colosal piedra, en la que en perfiles huecos está esculpida una gran figura de indio, que tiene al pié un pescado y un conejo, como en símbolo de la caza y de la pesca, y en la mano la flecha tendida.

Pronto estará la monumental reliquia en el valiosísimo Museo mexicano, que publica ahora muy ricos «Anales», donde en lengua galana cuentan los estudiosos de México ya los libros del padre Sahagun, que á no haber sido benemérito de la Iglesia, lo fuera de la historia mexicana; ya las raras bellezas de aquellas ruinas misteriosas de Xochicalco, que unos tienen por templo, y por un fuerte otros; ya las veneradas profesías de aquel moisiaco apóstol, que fué como el Confucio de los yucatecos, Chilam Balam anciano y virtuoso.

Muy rico en ruinas es ese suelo de Yucatan, donde los descubridores afortunados hallan piedras cuyos geroglíficos estraños parecen decir que en los tiempos en que las vírgenes de Chitchem se arrojaban alegremente, al compás de las plegarias de los sacerdotes, al pozo sacro cuya boca mortal escondian humos aromáticos, los hombres acaso conocian ya el modo de usar de la electricidad para cruzar mensajes: dos figuras de iguales arreos y apariencia, hablaban en una piedra de Chitchem, á poca distancia, más no con inscripciones de figuras, sino con rayos, que salen de los labios de ambos.

\*\*\*

En la sesion tenida anoche por el Consejo Deliberante, se sancionó un proyecto de los señores Recke, Vernengo y Cadret, por el cual se deroga la ordenanza que prohibia el trabajo en los dias Domingos, sustituyéndola por la que publicamos en seguida:

*El Consejo Deliberante resuelve:*

Art. 1º Todas las casas de comercio, de cualquier clase que sean, los talleres y demás establecimientos industriales, podrán permanecer abiertos los Domingos.

Art. 2º No se permitirá trabajar en los talleres é industrias en los dias Domingos á menores de catorce años.

Art. 3º Quedan derogadas todas las ordenanzas dictadas anteriormente que se opongan á la presente.

Art. 4º Comuníquese, etc.

\*\*\*

En el mes entrante el Dr. D. Ignacio Piroyano se hará cargo de la cátedra de medicina operatoria, para la que fué designado hace tiempo por la Facultad de Ciencias Médicas, y que desempeña interinamente el Dr. Aguilar.

\*\*\*

Numerosa concurrencia asistió el miércoles al local del Instituto Geográfico Argentino, descollando las damas en gran número.

A las 8 1/2 el Dr. Zeballos abrió el acto pronunciando un breve discurso en honor á las damas que honraban en ese momento el local del Instituto, ocupándose de paso, y á largos rasgos, de las ciencias, literatura y por ende de la importancia de la mujer en el hogar y la familia.

El Sr. Paz Soldan leyó en seguida un estudio concienzudo sobre la hidrografía del territorio que se estiende al oriente de los Andes, llamando la atención de la ciencia y de la industria el estudio de las grandes corrientes que permitirán la navegación y desarrollo del comercio en vastas secciones del territorio americano.

Siguió en el uso de la palabra el comandante Fontana. Se ocupó de la descripción á largos rasgos del territorio del Chaco, deteniéndose en su flora y fauna que ofrecen para el porvenir ancho campo á la industria.

El Sr. Fontana estuvo sumamente oportuno al describir la exuberante vegetación de ese territorio hasta hoy desconocido y que nuevos exploradores harán conocer en todos sus detalles, haciendo la luz bajo las sombras misteriosas que proyectan las gigantes palmeras que crecen á orillas de los rios magestuosos que lo cruzan.

El discurso del Comandante Fontana fué en diversos periodos aplaudido por los presentes, y al terminar recibió las felicitaciones de los que lo escucharon.

Cerrado el acto público, una parte de la concurrencia pasó á las piezas interiores donde habíase servido un refresco.

Fué después de las once de la noche que los últimos concurrentes abandonaron el local del Instituto Geográfico Argentino.

### CRÓNICA DE LA SEMANA

#### LA ESCUELA NORMAL

Es realmente notable el número de niñas que, lanzadas en la corriente de la vida intelectual, preparan, en los distintos ra-

mos del saber, en este importantísimo centro de educación, que está destinado á producir una verdadera transformación social.

La educación de la mujer ha sido casi siempre descuidada y hasta mirada con indiferencia entre nosotros, como en la mayor parte de los pueblos de raza latina, obediendo sin duda á preocupaciones del pasado que no tienen ni tuvieron nunca razón de ser. Felizmente entre nosotros esas viejas ideas empiezan á desaparecer, para dar lugar á nociones más claras y elevadas que enseñan que el cultivo del espíritu no debe circunscribirse tan solo al hombre, sino que debe extenderse también á la más cara mitad del género humano.

La Escuela Normal es hoy un núcleo de jóvenes distinguidas que uniendo á los encantos naturales de la belleza y la virtud un decidido amor por el estudio, serán más tarde, y con más razón que nunca, las dueñas del hogar, conquistando al hombre no solo por el corazón sino también por la inteligencia.

En La Escuela Normal, que es dirigida por la inteligente señora de Caprile, educanse próximamente unas cuatrocientas niñas; verdadera legión de honor á cuyas manos estará encomendada más tarde la débil inteligencia del niño, y por lo tanto, el gobierno mismo de la futura sociedad.

#### EL POLITEAMA

La compañía Tartini, justamente apreciada en Montevideo y Buenos Aires con las salvadas de silbidos con que ha sido saludada, ha estado en el Politeama ejecutando las obras de su repertorio.

En cierto modo, el público que en gran número acudió las primeras noches á dicho teatro, ha merecido el chasco experimentado. El es causado por esa pasión inusitada por la ópera que ha empezado á invadirnos y que acabará hasta por pervertir el gusto artístico si se siguen tolerando compañías de segundo orden, como la que nos ocupa.

Es bien sabido que la última compañía de Ferrari que funcionó en Celon dejó mucho que desear; pero apesar de esto ella estaba en todo sentido muy arriba de la compañía mamarracho del Politeama.

Sin embargo, el público la acepta de buen grado, mostrándose indiferente á las bellezas del arte dramático que debiéramos apreciar mejor y fomentar algo más, estimulando á nuestros poetas, que guardan silencio temerosos ante esa fría indiferencia.

#### ¿POR QUÉ?

Una interesante niña de una familia muy conocida del barrio del sud, cuyo nombre reservamos por razones que no es necesario explicar, ha intentado poner fin á sus días tomando una cantidad de arsénico, cuya dosis, mal calculada, no bastó para obrar los efectos deseados. Su estado, sin embargo, es grave. Es asistida por el Dr. Enrique Lopez.

La mencionada niña estaba próxima á casarse con un joven abogado del foro de Montevideo, que hace pocos días llegó á esta ciudad.

Este suceso, que ha estado oculto en la mayor reserva, y que producirá talvez mucho ruido en nuestra sociedad, no ha podido escapar al ojo escudriñador de uno de los reporters de *El Album del Hogar*, que promete á sus lectores tenerlos al corriente de los resultados del hecho mencionado.

#### NUEVO DRAMA

Nuestro conocido poeta Martin Coronado ha concluido un nuevo drama que será puesto en escena por la compañía de Calvo, que llegará próximamente á esta ciudad.

Nos apresuramos á dar esta noticia, que es una verdadera novedad literaria, reservándonos para juzgar detenidamente sus méritos hasta el día en que sea representada la nueva producción del inspirado autor de *Luz de luna y luz de incendio*.

#### TEATROS

Atravesamos una época fecunda en diversiones teatrales.

En la Opera funcionan dos compañías: una inglesa, y la otra de comedia española, de Makay-Reig. Esta última trae un cuerpo coreográfico completo en el que figura la célebre bailarina Vicenta Guerrero, que hace las delicias de los amantes del baile, haciendo sus cualidades artísticas así como sus elegantes y tentadoras formas.

El teatro Nacional atrae numerosa y selecta concurrencia con su bien compuesta compañía de zarzuela española, en la que la Franco y demás artistas cosechan nutridos aplausos.

La Alegria ofrece también buenos momentos de solaz; y por fin, el Skating-Rink tiene sus salones siempre llenos de animada concurrencia.

UN DESCENDIENTE DE GARAY Y MENDOZA.

Dice *La Nacion*.

Ayer, entre 1 y 2 de la tarde, se hizo anunciar al Intendente Municipal un sujeto

que dijo llamarse José Maria Camerer. El Sr. Alvear le hizo pasar inmediatamente á su despacho.

Vestía el visitante modesto traje de sac y empuñaba una monumental galera, como las de á principios del siglo presente, que pasaba de una mano á otra con un movimiento no exento de coquetería.

El Sr. Camerer hizo presente al Intendente, que descendía de D. Juan de Garay y de D. Pedro de Mendoza, y que su visita tenía por objeto hacerle saber que le pertenecía en propiedad la Recova Vieja atribuida generalmente á los Sres. Anchorena.

Agregó el Sr. Camerer que en el interés de facilitar el ensanche de la plaza de Victoria, no tenía inconveniente en ceder gratuitamente dicho edificio al municipio de Buenos Aires.

Como el Sr. Alvear, que había comprendido con quien se las había, le exigiese algún título que justificase la autenticidad de su persona y sus derechos al edificio de la Recova, nuestro hombre sacó del bolsillo interior de su saco un documento extendido sobre papel que puede haber sido de oficio y que copiado textualmente reza así: (Hay un sello incomprensible).

Certifico que D. José Maria Camerer, su terno, natural de esta ciudad, ha observado buena conducta así política como moral durante su permanencia en la misma. Y por los efectos convenientes doy la presente en San Sebastian á 10 de Agosto de 1861.

*Eustoquio Anuliba*, Alcalde mayor.

El Intendente, que estaba de buen humor, y encantado con la conversación de su visitante, le prometió darle una nueva audiencia y lo despachó amablemente prometiéndole una recomendación especial para el Dr. Melendez.

#### CLUB BUENOS-AIRES

El 10 del próximo mes tendrá lugar gran concierto en los salones de este club.

#### GRAVEMENTE ENFERMA

La distinguida escritora Juana Manuela Gorriti se encuentra gravemente enferma. Hacemos votos por su pronta mejoría.

«El Album del Hogar» lleva hoy siguientes materiales:

En busca de la muerte, novela de J. Tarchetti—Alas de mariposa, poesía, de Domingo Ramon Hernandez—Reminiscencias, por Lirio—Las peores cadenas, de Casimiro Prieto—Perfiles celestes, por R. El insecto y la estrella, poesía, por Manuel Reina—Revista de modas—La vuelta del soldado, por Antonio de Trueba—Revista de la prensa—Crónica de la semana.